
CIENCIA FICCIÓN
peter kapra
¡DESINTEGRACIÓN!

PETER KAPRA

¡DESINTEGRACIÓN!

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona
Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 25.131-1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La Tierra se encontraba en estado de guerra. Naves espaciales de origen desconocido habían sido localizadas por los satélites de exploración espacial y batallas siderales se habían sostenido, devastadoramente para ambos bandos, en regiones remotas del Sistema Solar.

Era una situación extraña, difícil e insegura. Estaba terminando el siglo XX y la amenaza invisible hizo unirse a los pueblos del viejo mundo contra el

enemigo común: los «Seres» del Más Allá.

Se habían pedido detectar sus naves surcando el cosmos, se les pudo, incluso, contraatacar y hasta infringirles una derrota tras otra. Pero nunca se les pudo capturar, ni a ellos, ni a sus naves.

La amenaza estaba allí, en el espacio, latente y suspendida. De un momento a otro, un proyectil imparable podía caer del cielo y ocasionar una hecatombe apocalíptica.

Entre tanto, la humanidad seguía viviendo en estado de latente alarma, ocupada en sobrevivir, tarea esta que ha entretenido a los hombres desde los albores del tiempo. Vivir a todo trance, prolongar la existencia, con ayuda de lo que fuera, aferrarse al clavo ardiente de la esperanza.

A un hombre que poco le importaba vivir, los problemas del Consejo de Seguridad de la ONU le tenían sin cuidado. Él había cumplido su servicio militar, enclaustrado en una estación espacial de vigilancia, y pasó a la reserva sin pena ni gloria. No entró jamás en luchas contra los «Seres», ni tuvo más disputas que con sus compañeros de servicio. Nada. Para él, la guerra del cosmos carecía de sentido.

Aquel hombre era Michael Staines, conocido por Mike en la Agencia «Drupo», donde prestaba sus servicios como investigador privado. Interesante y poco lucrativa profesión la de Mike, sí.

Era el suyo un trabajo que se realizaba por medio de visófonos, cámaras de infravisión, computadoras analíticas y deductoras, y una máquina llamada de cálculo proporcional, inversora y de probabilidad, o vulgarmente, la «Dupro», porque solo existía una en todo el mundo.

Aquello de seguir a la gente por la calle, ocultarse para no infundir sospechas e indagar en las porterías, se había terminado ya. Un buen detective, como un mal mecánico, trabajaba seis horas, encerrado en una oficina, y pasaba el tiempo clasificando datos cuyo destino u origen desconocía por completo.

Mike Staines, pese a ello, era eficiente. Sabía presionar el botón exacto de la máquina registradora de voces, para grabar cualquier conversación visofónica, sin que ni la imagen ni el sonido interceptado acusara la menor oscilación. Esto era casi una ciencia, aunque Mike no daba importancia a sus conocimientos. Era ingeniero de telecomunicaciones más que detective.

Aquel día, Mike estaba aburrido. Todo parecía irle mal. Desde que se levantó, en su apartamento del Edificio «Delta-6», en la Avenida de América, hasta que, utilizando la acera rodante, llegó a la Agencia «Drupo» y relevó a Max, todo salía como si el diablo hubiese enredado el rabo en los circuitos.

El ascensor se atascó en el piso 24, y hubieron de salir por un escape de emergencia. La acera rodante debía sufrir anemia o artritismo, porque su marcha era cansina. Luego, Max Brown estaba de malhumor, por causa de las muelas, y casi le envió al cuerno por su retraso.

Total, un día nefasto. El café salió frío de la máquina, sin aroma, y Grace, el único consuelo de Mike, al agacharse a recoger algo que dejaba caer

deliberadamente, para verle las piernas, como era habitual, se había puesto enferma y no acudió al trabajo. La sustituía Gary Evans, de la sección de eventuales. Y Gary tenía las piernas peludas. ¡Qué horror mirarlas!

Por si fuese poco todo lo expuesto, un circuito de comunicaciones, procedente del exterior, se estropeó. Rápidamente, Mike presionó el pulsador de emergencia. Y allí empezó todo, en aquel preciso instante.

Una voz gangosa y nasal se filtró hasta el auricular auxiliar de Mike, procedente de algún descompuesto cable de comunicaciones.

»—... informa. Henry F. ya está desmaterializado. «Komb» le ha sustituido con éxito. El grupo de «Rho» ha llegado y entrado en acción, ocupando la Zona de Control n.° 8.

»—Bien, «Tatao». Mensaje recibido. Lo paso a la clave 9-6-3-U.

»—Perfecto. Nada más. El próximo mensaje será a «V-5-Z-14».

La voz cesó, instintivamente, presionó uno de los veintinueve pulsadores de retención. Luego, recurrió al memorizador electrónico, cuyo control utilizaba para retener conversaciones indirectas. Después del rebobinado, Mike pudo escuchar de nuevo aquellas palabras que la magia de la electrónica había puesto a su alcance.

Se inclinó sobre el micro de emisiones y dijo, presionando una clavija:

—Sam, algo pasa en las líneas. Haz el favor de comprobar el Receptor 1.028.

—La luz está encendida.

— ¿No ha habido ahora una llamada, por ese circuito? —insistió Mike.

—No, te lo aseguro.

—Ha debido ser un cruce. He retenido esa conversación, Sam. Y es altamente extraña.

— ¿Por qué?

—Juzga tú mismo. Escucha. Te paso la grabación.

Durante unos minutos, la complicada máquina de registro repitió la conversación. Luego, enmudeció, dejando perplejo al ingeniero de Recepción, Samuel Edman.

— ¿Qué significa esto, Mike?

—Ven a registrarme. No tengo ni bolsillos. Prohibido preguntar.

—No se habrá cruzado la línea de algún estudio de programaciones seudo científicas, ¿eh?

—Tú puedes localizar el origen o destino de esa llamada.

—Si ha sido cruce o avería, lo dudo mucho. Puedo, empero, registrar unas diez mil llamadas efectuadas en la ciudad durante el tiempo que has registrado en la grabación.

—Hazlo —dijo Mike, secamente.

— ¡Despacio, Mike! No tengo orden de «Up», y sabes que muerde cuando no se le consulta algo.

—Aprovecha la «Clave Zeta».

— ¿Y que me despidan si se enteran? ¡Ah, eso sí que no, amigo mío! Te

jugaré diez dólares a los dados en «Lionel», y correré si viene la policía, pero un empleo de 48.000 dólares al mes no lo pierdo yo por un cruce de líneas.

—Espera, Sam. Presiento que algo grave está ocurriendo... ¡Algo muy gordo! Asumiré esa responsabilidad. Voy a consultar con Everell.

—Él puede hacerlo. Si me lo ordena Everell, «Up» cerrará la boca. ¿Tan importante crees que es?

—Puede ser. Algo me dice que una llamada por el estilo no acudió a su cita en los cuatro años que permanecí en la estación «Cloe».

— ¿«Seres»? —casi gritó Samuel Edman.

—Podría ser. Escucha. «Henry F. ya está desmaterializado. «Komb» le ha sustituido con éxito. El grupo de «Rho» ha llegado y entrado en acción, ocupando la Zona de Control n.° 8...» Todo eso me huele a conspiración.

—Puede tratarse, también, de algo relacionado con el Ejército.

— ¡El Ejército no utiliza líneas civiles, Sam! —gritó Mike.

* * *

El señor Everell escuchó la conversación grabada y afirmó con la cabeza, musitando:

—Sí, Mike. Puede ser algo. Avisa a Recepción y que intenten localizar esa llamada.

—Sí, señor. Enseguida.

—Y avíseme en cuanto sepáis algo.

Mike avisó inmediatamente a Sam Edman, diciéndole:

—Adelante, Sam. Everell ha dado su conformidad. Estima, como yo, que puede tratarse de algo significativo.

—Correcto. Utilizaré la «Paloma Negra». En un par de horas, con suerte, puedo saber algo.

Lo que Mike y Sam se proponían era algo prácticamente irrealizable, tanto como agarrar «al vuelo», palabras confiadas a un hilo de cobre horas antes, tras las que debieron seguir millones de sonidos más.

Pero todo aquello estaba latente aún. Las máquinas podían «hurgar», «indagar», «sondear» —según términos del detectivismo electrónico—, y, una vez agarrada la pista, seguir una serie de oscilaciones de onda, en un sentido u otro, y encontrar el lugar desde donde efectuaron la llamada que debió ser visofónica, sin lugar a dudas, aunque el registro de imagen no captó ninguna figura.

Y esta casualidad tan inesperada daría la pista a Samuel Edman, y llevaría a Mike Staines a una impresionante aventura, que de haberla anticipado o intuido, le habría hecho pensar con más calma, antes de meterse en ella.

—Mike —llamó Sam, de pronto—, ya lo tengo.

— ¿Qué?

—El lugar de origen de tu misteriosa charla. Ha debido de ser un cruce de circuitos, y por eso no teníamos imagen. Puede que fuese una conversación más larga, y nosotros solo captamos un fragmento. Aquí tengo los números y

líneas de los dos hilos cruzados. Es fácil averiguar quien habló, porque ambos números corresponden a la localidad de Kret, en Cove Beach. Eso está a cincuenta millas de aquí. La central puede facilitarte nombre y facciones de los abonados.

Mike anotó los dos números y llamó acto seguido a Identificación e Informes, pidiendo referencias de los dos visófonos. El informe fue escueto:

—Número 44-6-Kret, Virginia Rethel, dibujante. Contacto con Editoriales de modas, salas de exposiciones, Robert Gerry, ex novio, continuas discusiones visofónicas, su madre, residente en Tampa, etc.

»Número 58-6-Kret. No figura. Ha podido ser asignado recientemente a alguien y podemos obtener datos de la oficina de comunicaciones de Cove Beach.

—No, no lo hagan. Clasificaré esos informes. Junto a su máquina, sus pulsadores, sus luces y sus relais complicados, Mike tenía una mesa extensible de trabajo. Allí se sentó para raciocinar y poner en orden los datos que poseía.

—Una mujer, dibujante, que se pelea con el novio. No es probable que su línea haya servido para enviar ese informe. Pero sí es posible que el otro número esté en poder de alguien y lo haya utilizado creyendo que nadie podía escucharle... Sí, eso es. La casualidad ha puesto en mi oído una charla que puede ser altamente interesante.

»Lo mejor que puedo hacer es trasladarme a Kret en cuanto termine mi horario y efectuar una investigación «in situ». La verdad, sin duda, está allí.

En Mike Staines existía algo de los antiguos detectives privados. Quizás fuese atavismo, herencia o simplemente curiosidad. De ello no se ha desprendido jamás el hombre. Pero su deber era informar y no actuar. Su trabajo estaba en aquella sala de ordenadores electrónicos. Por eso le pagaban.

Lo que hizo, en sí, fue un acto de rebeldía. Pero se eximió de culpa, diciéndose que actuaba en horas libres.

* * *

Mike poseía un «truck» aerodinámico que, en alguna ocasión, había utilizado para salir a las autopistas con alguna incauta muchacha. También se había ido de vacaciones en alguna ocasión. Poseía permiso especial para extrarradios.

Aquel día, al salir de la Agencia «Dupro», se dirigió al garaje subterráneo y pidió su «truck», que era lo más parecido a un bólido rojo, de compuertas automáticas. Comprobó que llevaba su licencia en el casillero de documentos, y sonrió al ver la funda-estuche de un arma electrónica.

Mike sonrió y tomó el arma. Era una reliquia de sus cuatros años pasados en la estación orbital de vigilancia. Aquello significaba que no estaba desmovilizado y que una orden del Comité de Defensa podía enviarle de nuevo a la lucha. Era reservista y como tal, debía estar armado y dispuesto para la lucha.

Abrió el estuche y empuñó el arma. Era ligera, de material plástico, reforzada en sus partes esenciales. Conocía los efectos de la descarga, dado que en los entrenamientos, al ingresar en su vida militar, recibió una de aquellas paralizantes descargas vibratorias. Y la sensación que experimentó no hubiese querido vivirla de nuevo.

Del cañón del arma surgía un cono de fuerza vibrátil, capaz de agrietar un muro a pocos metros. Un ser humano recibía una sacudida tal que le dejaba sin sentido. Y si la descarga se prolongaba unos segundos podía matarle.

El alcance del «vibrador» era de unos sesenta metros. A tal distancia máxima, los efectos eran casi nulos.

Comprobó Mike que el arma estaba en condiciones y la volvió a dejar en el casillero. Luego, presionó los pulsadores y puso el «truck» en movimiento, situándolo en la pista magnética que le conducía al exterior. Pocos minutos después, por uno de los tubos de circulación auxiliar de extrarradios, especie de túneles metálicos, alcanzaba, a doscientos kilómetros por hora, la autopista exterior del Sur-Costa Atlántica.

Eligió una pista lenta. No tenía prisa. En menos de media hora podía llegar a Cove Beach. Y al colocar el automático en les mandos del vehículo, pulsó el botón de la pantalla de información en ruta, para decir a la sonriente, pero inexpresiva chica que apareció en el recuadro iluminado en «pentacolor»:

—Por favor, señorita. Voy a Kret, en Cove Beach. ¿Pueden facilitarme datos turísticos?

—Es un apartado rincón, un tanto agreste y reducido. Hay altos acantilados lo que hacen al lugar poco propicio al turismo. Sin embargo, habitan allí algunas personas, amantes de la soledad. En verano está más frecuentado que ahora, y existe un hotel-parador, con ochenta habitaciones, que ahora está cerrado.

»En el kilómetro cincuenta de la autopista Sur-Costa Atlántica, está la bifurcación. Entrará usted en una zona montañosa, surcada por una carretera de quinto orden, en pésimas condiciones. No debe conducir a más de treinta. Zona peligrosa, aunque bella y salvaje.

—Gracias —dijo Mike, cerrando el aparato de información en ruta.

Se dedicó entonces a contemplar el paisaje marítimo, de gran belleza, hasta alcanzar la bifurcación de Cove Beach.

Inmediatamente hubo de tomar los mandos del vehículo. Tal y como le habían informado, la carretera estaba en pésimas condiciones, debido a que serpenteaba entre montañas, de las que se desprendían rocas y árboles, le que obligaba a los tractores a limpiar con frecuencia aquella vía solitaria.

Mike era experto en conducir y no tuvo dificultad en alcanzar la cumbre, para luego descender hacia un paraje que le dejó boquiabierto, y que parecía un mundo perdido ante un ilimitado horizonte marino.

Vio una media docena de chalets, que parecían colgados sobre altos acantilados, junto al curso de la carretera. También descubrió el hotel, con todas las ventanas cerradas, rodeado de pinos.

Unos minutos después, silenciosamente, Mike se detenía ante la casita de ladrillos rojos, en cuya terraza vio a una muchacha joven, y bien parecida, que estaba sentada en una butaca, tomando el sol de la tarde, con un enorme bloc de dibujo sobre las desnudas piernas.

La mujer vestía muy someramente, cubriéndose ligeramente las partes decentes de su cuerpo bien torneado y esbelto, y llevaba el cabello recogido en dos trenzas de color de bronce viejo. Era alta, como demostró al ponerse en pie, casi tanto como Mike, y se movía con la gracia felina de una pantera, al levantarse y dejar el bloc sobre una mesita, para desaparecer dentro de la casa.

Él la saludó con la mano.

—Buenos días —saludó Mike, sonriente—. Perdone que venga a interrumpir su soledad. Soy Mike Staines, de la Agencia «Dupro». ¿Viene mucha gente por aquí?

—Solo cuatro personas. El escritor Harris Noyeau, que tiene su chalet en la curva. El matrimonio Werrens, que cuidan del hotel-parador, y yo. Me llamo Virginia Rethel. ¿Qué es lo que desea?

Mike se acercó a la cerca de hierro y sonrió.

—Exactamente, no lo sé. Solo tengo una referencia visofónica. Su número es el 44-6-Kret, ¿no es así?

—Ciertamente.

—Usted debe conocer los números de sus vecinos, ¿verdad? ¿Sabe a quién corresponde el 58-6-Kret?

Virginia denegó con la cabeza.

—No. Ese número no consta aquí. Precisamente, el escritor Noyeau tiene el 57-6. Ha sido el último en venir a vivir a Kret. Le pusieron la línea hace un mes... Aunque, aguarde. La semana pasado vi la furgoneta de la Compañía Internacional en el «cottage» de Basil Ruzicka. Es un edificio construido el año pasado al borde mismo del acantilado. Su propietario vino solo una vez, se marchó y no ha vuelto más. Pensé que si le ponían el visófono es que iba a venir a vivir aquí.

—Ese puede ser el lugar que busco. Gracias, señorita Rethel.

—No podrá usted llegar hasta allí con el auto, señor Staines —añadió Virginia—. Se desciende por una escalera de piedra. Este terreno es adecuado para la soledad.

Mike sonrió.

—Me he dado cuenta. ¿Puedo dejar aquí el coche?

—Sí, desde luego. ¿Quiere que le acompañe?

—Si es usted tan amable...

La joven sonrió y salió.

—No es frecuente recibir visitas en Kret. ¿Qué desea saber de ese edificio?

—En realidad, no lo sé. Se trata de una llamada cruzada que se recibió en mi departamento, esta mañana a las diez. Algo peculiar y extraño. ¿Dice que no vive nadie?

—Yo no he visto a nadie. Pero tampoco voy por allí desde hace varias

semanas. Ni siquiera he visto llegar ningún coche. Usted es el primero, después de la furgoneta de la Compañía Internacional.

— ¿Dónde se suministran ustedes?

—En la factoría de Cove Beach. Voy allí una vez al mes.

Iban caminando por la carretera. Virginia señaló un camino que se adentraba entre los árboles.

—Por ahí se va al «cottage» de Ruzicka.

— ¿Quién es él?

—Un hombre singular, reservado y misterioso, como dice Harris. Alto, delgado, de cabellos grises y ojos oscuros.

Se adentraron por el camino y pronto encontraron las escaleras. Ante ellos, la inmensidad del mar se ofreció dilatada y radiante. Al final del tramo de escaleras, en una especie de plataforma natural del acantilado, estaba la casa. Era de ladrillos y paneles prefabricados, color de acero. No era muy grande, pero debía de tener cinco o seis habitaciones. Poseía también varias terrazas, una atalaya y pequeño jardín.

Se detuvieron a media escalera, para contemplar mejor el edificio.

—Es raro —dijo Virginia, de pronto—. Hay algunas ventanas abiertas... Y debían estar cerradas.

—Puede que haya alguien —comentó Mike—. Quizás averigüe el sentido de la llamada que me preocupa.

Siguieron descendiendo. Desde el pie del acantilado, hasta ellos, el rumor del mar, rompiendo contra las rocas, era como una música natural y divina, de mil matices.

—Es raro que no haya visto yo a... —Virginia se detuvo en seco.

En una ventana del «cottage» acababa de ver aparecer una figura, cubierta de negro... ¡Encapuchada!

— ¿Qué? —exclamó Mike, envarándose.

La figura de la ventana desapareció en el acto.

— ¿Ha visto usted? —exclamó Virginia, con voz trémula.

— ¡Quédese aquí o vaya a mi coche y tome un arma que hay en el casillero! ¡Esto puede ser algo malo!

Virginia le miró atónita.

Pero, en aquel mismo instante, de la ventana de la cual había desaparecido el encapuchado surgió algo semejante al destello luminoso de un espejo. El rayo de luz envolvió a la pareja.

Y Mike Staines sintió como si algo se desgarrase dentro de su cuerpo. La cabeza pareció estallarle y la vista se le nubló. Lo último que vio fue la escalera venir a su encuentro, al desplomarse pesadamente.

A su lado, Virginia Rethel corrió idéntica suerte.

CAPÍTULO II

Al día siguiente, Mike Staines se levantó, como de costumbre, se lavó y afeitó en su apartamento del Edificio «Delta», en la Avenida de América, y, como todos los demás días, salió para dirigirse a su trabajo.

Max Brown estaba allí, y también Grace, que ya se había repuesto de su dolencia del día anterior.

—Hola, Mike. ¿Qué lío tienes armado en el ordenador de registro? —fue lo primero que preguntó su compañero.

— ¿Lío? —pareció sorprenderse Mike.

—Sí. Sam Edman hubo de utilizar la «Clave Zeta» y la sonda «Paloma Negra» para localizar el origen de una llamada.

—Deja eso, Max. Ha resultado ser una tontería tan grande como Monte Vernon —dijo Mike, sentándose ante el ordenador electrónico—. Lo anularé.

—El señor Everell espera tu informe. Creo que habló con el Comité de Defensa.

—Sí. El mensaje captado por ti no salió del ejército.

— ¡Buena, la ha armado! —masculló Mike—. Me lo tengo bien merecido, por animal. Sam me facilitó unos datos y aproveché la tarde para ir a comprobarlo personalmente. No sé lo que llegué a pensar.

— ¿Y qué?

—Nada. Una necedad así de grande —diciendo esto, Mike presionó el botón de anulación de registro.

— ¿Qué haces? —exclamó Max Brown.

—Borro esa tontería. Me ganaré una repulsa de arriba, pero todo ha sido una estúpida broma de una chica histérica, a quien la soledad ha hecho inventar una fábula de misterio... ¡Bobadas, Max!

—Si es así...

Una pantalla de intercomunicación se encendió sobre el ordenador de Mike, apareciendo el rostro del coordinador jefe, señor Everell.

—Mike, venga a mi oficina inmediatamente. Que se quede Max un poco.

— ¡Eh, es mi hora! —protestó Max Brown.

—Si es necesario le enviaré un sustituto. Pero que venga Mike inmediatamente.

Staines se levantó, sonrió a su compañero y salió de la estancia. Un ascensor magnético le llevó hasta el departamento del jefe de coordinación, quien estaba acompañado por un oficial del ejército, al que saludó Mike llevándose la mano a la sien, militarmente.

— ¿Es usted Michael Staines?

—Sí, mi capitán. Reservista.

—Siéntese, Mike. El capitán Binsk, del servicio de inteligencia especial, quiere hablarle.

—Estoy a sus órdenes —dijo Mike.

—Quisiera hablar en privado. ¿No disponen de una cabina insonorizada?

Everell pareció molestarse por esta pregunta del oficial, pero repuso.

—Sí, naturalmente. Mike le acompañará a ella.

—Tenga la bondad.

Salieron del despacho de Everell, dejando a este un tanto contrariado. Mike conocía la Agencia «Drupo» y llevó al capitán hasta un pasillo en donde había una docena de puertas de cierre electrónico. Penetraron en una y Mike presionó el pulsador de «aislamiento total». Luego, se sentó y miró al oficial.

— ¿Nadie puede oírnos aquí? —preguntó Binsk, secamente.

—Nadie.

—Perfectamente. Soy «Tatao». Los circuitos de comunicación estuvieron a punto de causarnos un serio quebranto. Por suerte, tu otro Mike Staines fue torpe y se dirigió a Kret, sin consultar con nadie. Si el Comité de Defensa se entera de esto, como han pretendido los ejecutivos de esta Agencia, habríamos podido sufrir un colapso.

—Me doy perfecta cuenta, «Tatao». ¿Qué debo hacer?

—Llamarás a Virginia Rethel y la invitarás a salir. No podemos desvirtuar que fuiste a Kret: Ella sabe lo que tiene que decir. Yo me ocupo del caso, al frente del grupo de «Xeen». Si es preciso, la sección de «Komb» y «Rho» nos ayudará.

»Por todos los medios, hay que disipar el efecto de ese informe de Mike Staines.

—Perfectamente. Ya he iniciado el retroceso. Cuando vuelva a mi puesto, destruiré todo completamente.

—Yo, a mi vez, haré que Everell me entregue todo el material, que pasa a la jurisdicción del ejército. Luego le presentaré el informe de Virginia Rethel y eso disipará sus recelos, si es que los tienen. Creo que no debemos preocuparnos.

—Así lo espero. Solo me preocupa mi personalidad. No he tenido tiempo

suficiente para adaptarme a Mike Staines, debido a la precipitación, y puedo cometer algunos errores.

— ¡Te han elegido por tu facilidad en adaptarte a la mentalidad y costumbres terrestres, Jol!

—Sí, pero estoy en fase dos... Necesitaré tiempo.

— ¡No lo hay! ¡No yerres, o será peor! ¡Si en «Garao» se enteran de esto, nos sentenciarán!

—Pienso que deberíamos informar. Fue solo un fallo técnico, del cual nadie es responsable.

— ¡Tú no conoces a Dolk! ¡Nos desintegraría en el acto! Hemos de actuar como convinimos con «Xeen». Estoy seguro de que es fácil deshacer el error. Ellos no pueden sospechar lo que ocurre. No lo conciben, y eso es nuestra suerte.

«Ocupáremos las zonas de control que tenemos asignadas y cuando Dolk dé la orden, todo el planeta caerá en nuestras manos sin derramamiento de sangre. Necesitamos a estos hombres para nuestras colonias. Y muertos no nos serían de ninguna utilidad.

—Sí, «Tatao» eso es —respondió Mike Staines—. Pero ahora que conocemos mejor a esta raza altiva, debemos darnos cuenta de que jamás lograremos dominarlos totalmente.

— ¡Lo haremos, Jol! —exclamó el presunto capitán Binsk—. No lo dudes.

—Hay algo en ellos que no doblegaremos jamás. Podremos vencerlos y dominarlos, pero siempre serán orgullosos. Creo que ahora están más unidos que nunca.

»El Plan Urka, por ejemplo, era mejor.

— ¡Urka murió en combate, Jol! No digas eso jamás o podría pesarte.

—Yo admiraba a Urka. Era sabio e inteligente... ¡Más que Dolk!

Los dos «Seres» se miraron con fijeza, intensamente, como desafiándose.

— ¿Habré de informar de esto, Jol? —preguntó «Tatao».

—No os conviene hacerlo a ninguno de vosotros, o los terrestres se enterarán de la infiltración. Escucha, «Tatao». Tú no me entiendes bien. Ahora somos los dos terrestres. El capitán Binsk y el detective-ingeniero Staines nos han cedido sus cuerpos. Han sido desintegrados y transmutados. Están «suspendidos» en la dimensión nueve, a la espera de recobrar su existencia para ser conducidos a las colonias voraces de Grantix y Dermos, donde morirán en breves años, corroídos por la atmósfera.

»Ese es el destino de estos hombres, cuyo única culpa es la de ser diferentes a nosotros, pertenecer a otra raza y haber nacido en otro mundo distinto al nuestro. Somos muy poderosos y muy fuertes, aunque nuestro número es inferior. Si su ciencia estuviese más avanzada, nos podrían vencer.

—No sé lo que quieres decir, Jol.

—Te lo he dicho. No estoy de acuerdo con Dolk. Es un tirano, un déspota y no le importamos nada ninguno de nosotros. Urka predicaba otra doctrina más leal. Nosotros podríamos vencer a los terrestres por la amistad y el

intercambio cultural y científico. Tienen hombres suficientes para ser enviados a Grantix y Dermos, por períodos cortos. Podrían salir con vida de allí y favorecernos, al mismo tiempo que se favorecerían ellos...

— ¡No sigas, Jol! El Plan Urka fue rechazado. Es Dolk quien manda, y no queremos amigos, sino esclavos.

— ¡A la larga, eso será nuestro fin! Los terrestres se someterán al principio, pero aprenderán nuestra ciencia y la utilizarán contra nosotros... Son seis mil millones.

— ¡El número no hace la fuerza! ¡Un millón y medio de «garaos» les dominarán! ¡Nuestro poder es absoluto!

* * *

Mike Staines cometió muchos errores, de poco bulto, pero apreciables. Uno de ellos fue no fijarse mucho en la hermosa y morena Grace Fontyn, con la que solía bromear.

La joven, situada en una sala contigua y separada del lugar de trabajo de Staines solo por un muro de cristal, no pasó por alto aquel «desafecto».

Mike, por su parte, llamó al número 44-6-Kret, recibiendo inmediatamente contestación. Con sus trenzas bronceadas, radiante y hermosa, Virginia Rethel, exclamó:

—Oh, señor Staines. Esperaba su llamada. Supongo que debe estar muy enojado conmigo.

—Un poco, señorita Rethel —confesó él—. Se burló usted de todos nosotros. ¿Cómo se le ocurrió inventar ese seudo mensaje?

—Fue leyendo una novela de anticipación. Perdóneme usted... Llamé a un amigo por visófono y él me siguió la corriente. Admito que es una necedad sin sentido. Robert me conoce y se prestó al juego. Siempre lo hace. ¿Cómo iba a suponer yo que mi línea estaba cruzada y que usted había captado la conversación?

—Está bien, señorita Rethel. Está usted perdonada, pero habrá de sufrir un castigo por su falta.

— ¿Un castigo? —se sorprendió la joven, arqueando sus bonitas cejas.

—Sí. Tiene usted que cenar conmigo en Nueva York.

— ¿No le aparece mucho atrevimiento el suyo? Apenas si le conozco, y no me merece usted mucha confianza.

—Dice eso porque no me conoce bien. ¿Vendrá usted o voy a buscarla yo esta tarde?

— No sé si debo... No estoy habituada a salir de mi retiro.

—Estaré allí a la misma hora que ayer. No podrá negarse. Póngase un atuendo de fiesta.

—Está bien. A las cinco. Pero luego tendrá que traerme aquí.

—Correcto.

—Adiós, pues.

Sonriendo, Mike cortó la comunicación. Al volverse, vio detrás de él a

Grace Fontyn.

— ¿Quién es? —preguntó la morena.

—Una dibujante de Cove Beach.

—Es muy bonita, ¿eh, Mike?

—No está mal.

—Ni siquiera me has preguntado qué me ocurrió ayer.

— ¡Oh, sí, perdona, Grace! Estaba muy preocupado. Ha venido a verme un oficial del ejército, por el asunto del cruce de líneas. El señor Everell me ha llamado y...

— ¿Qué ocurrió, Mike? —insistió Grace.

—Una tontería. Llegué a temer que pudiera tratarse de algo grave. No era más que una especie de broma que se filtró por el auricular.

—Una broma que puede acabar con tu soltería, Mike —remarcó Grace, con cierto despecho—. Es bonita esa chica.

—Sí, lo es.

—Espero que te diviertas esta noche con ella.

Dicho esto, Grace se retiró, regresando a su mesa de trabajo. En la mente de aquella mujer había danzado muchas veces la romántica idea de que Mike se fijase con más atención en sus piernas. Quizás, esperaba, la invitase a salir algún día. Ella aceptaría encantada. Y luego...

Ahora, la ilusión parecía desvanecerse. Y esto la decepcionó.

Por despecho, más que por otra causa, Grace Fontyn, encargada de clasificar registros e informes de casos en estudio, pidió al Archivo una amplificación del informe solicitado el día anterior por Mike Staines, acerca de Virginia Rethel.

Una hora después, Grace sabía acerca de la dibujante solitaria de Kret tanto o más que el propio Staines. Por ejemplo, se enteró de que el novio de Virginia era un joven oficial, destinado en Yorktown, que mandaba una sección volante de proyectiles espaciales, se llamaba Robert Gerry y estaba celoso de la soledad de Virginia.

Grace concibió la peregrina idea de advertir al oficial de los devaneos de Virginia con Mike. Y para ello, recurrió a un viejo procedimiento. Llamó a la Base de Yorktown y pidió hablar con el teniente Gerry.

Este resultó ser un joven nervioso, guapo, de cabellos cortos, que vestía el uniforme verde del ejército del Comité de Defensa de las NU.

— ¿El teniente Gerry? —preguntó Grace.

—Sí, yo soy. ¿Con quién tengo el gusto de...?

—Me llamo Grace Fontyn y trabajo en la Agencia «Drupo». Tengo entendido que ha tenido usted relaciones con Virginia Rethel.

—Sí. Pero... No entiendo.

—Virginia está saliendo con un hombre al que yo amo.

— ¡No! ¿Cómo se ha atrevido la muy infame a sustituirme por otro? ¡No se lo perdonaré jamás!

—No se enfade, teniente —pidió Grace, suplicante—. Creo que

podríamos, usted y yo, estropearles la fiesta. ¿Por qué no me invita a salir esta noche? Iríamos al mismo lugar al que vayan ellos.

— ¿No sería ridículo?

—No lo crea. Conozco a Mike Staines. Crearemos un clima de explicaciones. Serán ellos los inquietos y sorprendidos, al vernos. Virginia le verá a usted y Mike, a mí.

— ¿Qué resultará?

—Reconciliación entre ustedes. Mike no es agresivo. Quizás se sienta avergonzado.

En la pantalla, el teniente Robert Gerry sonrió.

—Con tal de estropearle la fiesta a Virginia... Pero ¿cómo sabrá usted el lugar a donde van?

— ¿No le he dicho que trabajo en la Agencia «Drupo»? Nuestra especialidad son las investigaciones. Yo me ocuparé de todo eso. ¿Dónde nos podemos ver?

—En el Club Venus, a las ocho. ¿Vale?

—Vale.

* * *

Mike Staines reconoció a Virginia, aunque ella vestía un ajustado «saco» de fiesta, color plateado. Descendía por la carretera, caminando despacio.

Detuvo el «truck» y saltó a tierra, yendo hacia ella.

Estaban solos en medio de los montes. Podían pues unir sus frentes, al estilo de los «garaos». Y lo hicieron, resultando extraño su gesto, para dos «terrícolas».

—Hola, Hi —dijo «Staines».

—Hola, Jol. Estás muy bien con tu cuerpo suplantado.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido al hombre cuyo cuerpo me alberga. En el fondo, no era mala persona. Me gustaría que pudiera recobrar su personalidad.

—No seas blando, Jol. Son seres inferiores.

—Eres como «Tatao». No creo que existan seres inferiores ni superiores. Eso es un factor evolutivo temporalmente. Nosotros estamos en período de recesión, mientras que ellos progresan. Pueden llegar a aniquilarnos.

—No. Jamás conseguirán eso.

—Sus proyectiles destrozaron numerosas naves espaciales.

—Fue un error táctico de nuestros jefes. La guerra abierta nos habría llevado a la derrota inevitable. Gracias a Dolk, los dominaremos. ¿Vamos en ese vehículo?

—Sí, somos «humanos».

Se acercaron al «truck».

—Hemos de efectuar una comedia insignificante. «Tatao» y el grupo de «Xeen» nos vigilarán. Esperemos que ellos no hagan nada. Han debido quedar convencidos de la «broma».

—Nada me han dicho. Y «Tatao» domina la situación. Pero si se repitieran muchas veces estos errores, no tardaríamos en ser descubiertos y, posiblemente, exterminados. Ellos están en estado de guerra y deben sospechar que preparamos algo.

—Vigilan mucho, lo sabemos. Pero no imaginan que estamos aquí, confundidos entre ellos.

Subieron al vehículo y «Mike» tomó los mandos, para girar en la carretera y descender la montaña, hacia la autopista Sur-Costa Atlántica. Nueva York no estaba a más de media hora de distancia. Podían hablar.

—Somos doscientos en La Tierra —observó «ella»—. Dentro de poco seremos mil y dominaremos los puntos neurálgicos de la defensa. Cuando tengamos dominadas todas las zonas de control, daremos el golpe de fuerza, neutralizando sus defensas. Nuestras naves podrán entonces acercarse sin ser obstaculizadas.

—Tú adoras a Dolk, ¿verdad, Hi? —preguntó «él».

— ¿Adorarle? No te comprendo.

— ¿Crees que hace bien con invadir este planeta?

—Necesitamos esclavos para Grantix y Dermos. De ello depende nuestra supervivencia.

—Eso es lo que opináis todos... Menos yo —dijo Staines.

—No te entiendo, Jol.

—No quieres hacerlo. Es igual. Déjalo. Cumpliré mi misión. Cenaré con este cuerpo nuevo, bailaré con estas piernas y te tendré en mis brazos. Será un principio de romance entre dos «garaos», al estilo terrícola, porque un curioso, llamado Mike Staines, quiso conocer la casa de Ruzicka... ¡Ah, si hubiese podido entrar en el laboratorio y hubiese descubierto la central generadora subterránea! ¡Pobre «Tatao»!

—Eres extraño, Jol. Cualquiera diría que simpatizas con nuestros enemigos.

—Quizá es que le tomo afecto a este cuerpo prestado por ese infeliz ingeniero-detective. Hay muchos terrestres que viven sin pena ni gloria, dedicados a un trabajo rutinario y anónimo, vigilando intereses ajenos... ¡Como nosotros, Hi! ¿Quién nos ha metido en esta aventura? ¡Dolk, un «garao» advenedizo, de quien la historia dirá que fue un tirano, un déspota y un malvado, magnicida y genocida!

— ¡Estás insultando al Jefe, Jol!

—No hago más que decir la verdad. Él hizo desintegrar a Urka, cuya doctrina era de amistad entre todas las razas del universo.

— ¿Cómo es que te han enviado a esta misión, Jol? ¿Acaso no sabían en Garao cómo piensas?

—En Garao oculté mis verdaderos pensamientos. Aquí me siento libre, lejos de Dolk y sus esbirros ambiciosos. Empiezo a considerar que puedo aplastar su reino de terror. Si yo fuese a ver a las autoridades de este planeta y les dijese...

— ¡No Jol! Sería la muerte de todos nosotros —exclamó «ella»—. Tú no puedes traicionar a tus compañeros.

—Por eso no lo hago, porque no soy un traidor, ni me fío de ellos. No me darían garantías.

— ¿Tanto odias a Dolk?

—Le compadezco, en el fondo. Está loco de poder y gloria, y no conseguirá más que hacernos aborrecidos en todo el universo. ¡Qué insignificantes somos, Hi! He sabido, por el pobre Staines, que la historia de estos seres es muy semejante a la nuestra. Miles de años de luchas, fratricidios, venganzas, guerras, exterminios. Y todo por culpa de hombres ambiciosos, cuya vanidad no les permitía pensar en los demás.

»Así es Dolk, el Jefe.

— ¿Qué harías tú si estuvieses en su lugar?

—Si yo empuñase el cetro de la Sabiduría, acabaría esta guerra. Enviaría un mensaje al Comité de Defensa de las O.U, y pactaría con los terrestres. Los necesitamos y nos necesitan. Ellos tienen mano de obra. Nosotros tenemos poder y ciencia.

—Admito que eres admirable, Jol. Posees una loable grandeza de miras —dijo «Virginia»—. ¿Y sería esa la solución que buscas?

—No lo sé —dijo «él», conduciendo el «truck» hacia Nueva York—. Pero vale la pena intentarlo.

—«Tatao» te desintegraría en el acto, si intentas hacer algo de eso. ¿Le has hablado a él como a mí?

—Solo en parte.

— ¡Hum! Ya habrá avisado a Dolk y puede que te envíen el relevo.

—No regresaré a Garao... ¡Si intentan sacrificarme, les denunciaré!

CAPÍTULO III

Robert Gerry, de uniforme, estaba tomando un «cordial-tónic», en un rincón almohadillado del Club Venus, cuando entró Grace Fontyn, mirando en todas direcciones. Al verle, ella sonrió y se acercó, extendiendo la mano.

—Buenas noches, teniente. ¿Le he hecho esperar mucho?

—No, nada de eso. He llegado antes de hora. ¿Quiere sentarse?

—Sí. Tenemos tiempo. Sé que mi compañero Mike y Virginia Rethel tienen reservada mesa, para las nueve, en el «Clovi's». A mi vez, yo he reservado una mesa contigua a la de ellos... ¡Será muy divertido!

Robert sonrió forzadamente.

—No me lo parece tanto. Pero... Yo quiero a Virginia. Nos criamos juntos, por así decir, en Tampa. Somos amigos desde niños y nuestras familias suponían que llegaríamos a casarnos.

»Ella ha querido ser independiente y libre. No le gusta que yo sea militar. ¿Y qué otra cosa puedo ser? Fui movilizado y opté por graduarme. Tenía las mismas oportunidades que los otros.

—Pero su carrera de las armas ha de ser de diez años.

—Sí, es cierto. No se puede adiestrar a un oficial, para desmovilizarse como a les demás. Puedo llegar muy lejos.

—Si yo fuese hombre, me gustaría ser militar —dijo Grace, sentándose y cruzando sus bonitas piernas.

—Está la «Women Force». Sería admitida en el acto —apuntó Robert.

—No es igual. Las mujeres que van al «W.F.» son... Bueno, no son como yo. He dicho en el caso de ser hombre. Pero dejemos eso. ¿Siempre bromea usted con Virginia, cuando la llama por visófono?

— ¿Bromear? ¿Qué quiere decir? —se sorprendió Robert.

—Lo del seudo informe de ayer, con ella.

Él sacudió la cabeza, sin comprender.

— ¿A qué se refiere?

—Me refiero a la serie de tonterías que habló usted ayer con Virginia Rethel, por visófono. Se cruzó la línea con las nuestras, y por eso Mike fue a Kret...

— ¡Yo no hablé ayer con Virginia! Tenía servicio de «red».

»Siempre que hablo con Virginia discutimos. Tengo extendida una licencia especial de matrimonio, y ella no quiere casarse conmigo. Ya hace dos semanas que no la llamo. ¿Dice que habló con otro?

—Es curioso —murmuró Grace, pensativa—. La verdad es que yo no

acudí ayer al trabajo. Me sentí indispuesta y llamé al médico, quien me recomendó veinticuatro horas de reposo. Hoy me he enterado de todo.

»Mike Staines captó un mensaje sospechoso. Se indagó en el registro de líneas, y se averiguó que la llamada procedía de Kret. Por eso fue Mike allí, sin consultar con nadie. Hoy ha vuelto diciendo que todo fue una chiquillada de Virginia Rethel. Pero...

—Virginia no tiene ningún amigo que se llame como yo. Quizás haya mentido —afirmó Robert.

— ¿Y por qué había de mentir? El jefe de coordinación de la Agencia se ha interesado en el asunto. Mike ha dicho que todo era una tontería y que Virginia Rethel, de broma, inventó un seudo mensaje, inspirado en una novela de anticipación.

— ¡Jamás ha leído Virginia nada de eso!

Grace miró al oficial muy gravemente.

— ¿Qué interés pueden tener ella y Mike en mentir?

—No lo sé. Pero conozco muy bien a Virginia. ¿Qué misterioso mensaje era ese?

—El servicio especial de inteligencia del Comité de Defensa del Consejo de Seguridad de las N.U., envió un capitán a la agencia. Habló con Mike.

— ¿Sabe usted lo que decía ese mensaje? —preguntó Robert.

—Sí. Mike lo eliminó de su ordenador, pero yo lo retuve. Y es muy extraño. Decía así, ¡y la voz no era de Virginia Rethel!: «... informa. Henry F. ya está desmaterializado. "Komb” le ha sustituido con éxito. El grupo de "Rho" ha llegado y ocupado la zona de control n.° 8». Luego, otra voz, dijo: «Bien, “Tatao”, mensaje recibido. Lo paso a la clave 9-6-3-U». Y la voz primera terminó: «Perfecto. Nada más. El próximo mensaje será a V-5-Z-14.»

— ¿Y todo eso dice Virginia que lo habló con un amigo llamado Robert? —se extrañó el teniente Gerry.

—Exactamente.

—Yo hablaré con Virginia esta noche.

* * *

El «Clovi's» estaba concurrido a la hora de la cena. Las máquinas automáticas, situadas junto a las mesas, servían incesantemente los platos pedidos, con una pulcritud y esmero eficiente. No existían camareros, pero sí hermosas ayudas de sala, que iban, solícitas, atendiendo a los clientes y haciéndoles observaciones para su mejor confort.

Cuando entraron «Virginia Rethel» y «Mike Staines», la pareja compuesta por Grace Fontyn y el teniente Gerry ya estaban sentados. Los recién llegados iban hablando muy absortos y no se dieron cuenta de sus vecinos, hasta que Robert se levantó y dijo:

—Buenas noches, Virginia.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. «Mike» también se volvió y reconoció a Grace.

— ¡Grace, qué sorpresa!

Los «Seres» no estaban habituados a lo sorprendente y eran tardos en reacciones. Por eso Virginia no pareció reconocer a Robert, al que solo había visto en la mente de la persona a la cual suplantaba.

Sin embargo, dijo:

—Robert Gerry.

— ¡Cualquiera diría que no te alegras de verme!

—Naturalmente que sí. Pero no te esperaba, y menos aquí.

—Sospecho que se trata de un encuentro provocado —dijo «Mike», mirando aviesamente a Grace—. ¿No es así, muñeca?

—Pues, podría ser —afirmó Grace, sonriendo—. Creo que podríamos cenar juntos, ya que estamos aquí.

—Lo siento —dijo «Mike»—. La disposición de las mesas lo impide. Mañana me explicarás lo que significa esto, Grace.

—Te lo puedo explicar ahora, cariño —se burló Grace, festiva—. He conocido casualmente al teniente Gerry y me ha invitado a cenar. Como yo sabía que estarías aquí, con la señorita Rethel, acepté. Me agradan los encuentros divertidos.

—Esto no tiene nada de divertido —manifestó Virginia, levantándose—. Será mejor que nos marchemos, Mike.

—Un momento, Virginia —atajó Robert, situándose al lado de su novia infantil—. No esperaba, esto de ti. Y me tiene intrigado algo que me ha dicho la señorita Fontyn. ¿Has dicho que hablaste conmigo ayer?

— ¿Yo?

—Creo que has llevado las cosas demasiado lejos, Grace —intervino «Mike»—. ¿Qué te propones?

—Digamos que me propongo recoger algo que tú dejaste ayer,

—Habla claro.

—Mentiste en lo referente al mensaje recibido en tu ordenador —dijo Grace—. Una mentira deliberada, intencionada. ¿Por qué? ¿Por esta mujer?

—Eso no te importa, Grace. Aquello fue una tontería —era evidente que «Mike» buscaba una escapatoria fácil, porque la situación se iba poniendo tensa.

—De acuerdo. No me interesa. Pero a ellos puede interesarles. Son novios...

— ¡Yo no soy novia de este majadero! —gritó «Virginia».

Robert Gerry miró fijamente a la dibujante, como si no fuese capaz de creer lo que estaba viendo.

—Si no te viese y oyese, creería que no eres tú, Virginia —dijo, entre dientes—. Espero que te des cuenta que hemos terminado definitivamente.

—Me doy cuenta —replicó ella, volviéndose a «Mike»—. Vámonos. Siento haberte estropeado la noche.

Los dos «Seres», muy dignos, se dirigieron hacia la salida. Una ayudante de sala, que había presenciado la discusión, se acercó:

— ¿Les ha ocurrido algo?
—No, nada transcendente —dijo «Mike»—. Una impertinencia sin importancia.
Esto fue oído por el teniente Gerry, quien enrojeció, para ir en pos de los que se marchaban, agarrando a «Mike» del brazo.
— ¿No sabe usted quién soy? —gritó, haciendo volverse a todos los comensales.
—Un oficial del ejército.
— ¿Y quién es usted? —gritó Gerry, seguro del terreno que pisaba.
—Un reservista.
— ¡Me debe respeto y acatamiento! ¡Cuádrese!
Era un insulto en público. Pero la ley asistía al oficial, que llevaba bien visibles sus atributos de mando. En otra época, siendo «Mike» un civil y Gerry un militar, no habría pasado nada. Pero todo el mundo se encontraba en estado de guerra y habían severísimas leyes castrenses.
«Mike» no tuvo más remedio que alzar la cabeza y quedarse rígido.
— ¡Por favor, Robert! —suplicó «Virginia»—. No tienes derecho a hacer esto.
—Lo tengo. Este hombre me ha llamado impertinente. Y eso es una ofensa a las fuerzas armadas... ¡Haga usted el favor de seguirme!
Grace Fontyn también intervino, dado el mal cariz que iba tomando el asunto, ya convertido en escándalo público, y suplicó a Robert:
—Por favor... Yo no quería.
—Le ruego que no se inmiscuya en esto, señorita Fontyn... ¡Sígame usted al exterior, reservista!
«Mike» comprendió que no tenía más remedio que obedecer, o el otro podría recurrir a la fuerza pública. Así, siguió al furioso Gerry hacia el exterior, seguidos ambos por la mirada general de todos los asistentes al «Clovi's».
«Virginia» y Grace también salieron.
—Escuche, reservista Staines —empezó diciendo Gerry—. Va usted a venir conmigo al puesto oficial más próximo. Allí, le expedientaré... ¡Eh!... ¡Cielo santo!
La exclamación del teniente Gerry no podía ser más impresionante, debido a lo que acababa de ocurrir ante sus mismos ojos. ¡Y fue que, de pronto, «Mike Staines» y «Virginia Rethel» se desvanecieron, como si fuesen espectros inmateriales!
¡Desaparecieron en el aire!

* * *

Mike Staines, el auténtico, el ingeniero de comunicaciones de la Agencia «Drupo», se encontró, de pronto, tendido sobre una plataforma rectangular, dura, y con un curioso aparato, a modo de una antigua bomba de cobalto, suspendido sobre su cabeza.

Cuatro focos de luz blanca, situados en ángulos distintos de la sala, daban luz directamente a su persona. Y en torno a él, como sombras fantasmagóricas, se movían cinco seres cubiertos enteramente de negro, de la cabeza a los pies.

Sus manos surgían de unas ranuras longitudinales del capuchón-ropaje, y estaban enguantadas con algo que parecía caucho o goma negra. Parecían manos humanas, pero eran pequeñas, como la de niños de ocho o diez años.

Era evidente que habían estado explorando a Mike, quien, al recobrar la lucidez total, surgiendo de una especie de modorra que se iba disipando, intentó moverse, sin conseguirlo, dándose cuenta de que estaba sujeto de pies y manos a la mesa.

Su asombro, empero, fue grande, cuando uno de aquellos negros personajes empujó la mesa y la retiró del lugar en que estaba, apartándole del aparato que tenía encima.

Le dejaron a un lado. Y de algo así como un nicho o cajón, situado en el muro, sacaron otra mesa similar a la suya, sobre la que estaba el cuerpo de Virginia Rethel, quien yacía boca arriba, con los ojos cerrados.

—Ahora ella —debió decir alguno de los seres vestidos de negro.

Mike no pudo decir quién había hablado, pero sí se dio cuenta de que hablaban en inglés, como él.

Uno de ellos accionó una palanca de la «bomba», y un rayo rojo surgió hacia la cabeza de Virginia. Otro presionó varios pulsadores, y el rayo rojo desapareció, para surgir algo así como un arco voltaico que recorrió el cuerpo de la joven, chispeante y sinuoso, desde la cabeza a los pies.

Aquella fuerza eléctrica hizo estremecer a Virginia, de cuyos labios se escapó un gemido.

—Ya está de nuevo aquí —habló uno de los misteriosos sujetos.

—Sí. Avisa al Profesor Ruzicka, «Vel».

Uno de ellos se fue a un rincón y abrió un compartimento rectangular, donde introdujo sus manos. Luego, su voz llegó clara hasta donde estaba Mike.

—Profesor, la señorita Rethel ya está reintegrada. ¿Los trasladamos al exterior?

Mike no pudo oír la respuesta. Pero el encapuchado cuyo nombre correspondía a «Vel» cerró el compartimento y se volvió a los otros, al tiempo que Virginia Rethel exclamaba:

— ¿Dónde me encuentro? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué me han hecho?

—Sosiéguese, señorita. No le ocurre nada —habló uno de ellos, inclinándose sobre la joven—. Vamos a sacarla de aquí.

—Yo iba con el señor Staines a visitar el «cottage»...

—Lo sabemos. No se inquiete. El señor Staines también se encuentra aquí. Ahora, vamos a dejarles libres y saldrán del laboratorio.

Así fue, en efecto. «Vel» aflojó las bridas que sujetaban a Mike, mientras otro de sus compañeros desataba a Virginia.

— ¿Son ustedes «Seres»? —preguntó Mike, al ponerse en pie y tentarse el cuerpo.

—Habitantes de «Garao» —contestó «Vel»—. Pertenecemos a un grupo infiltrado en La Tierra, que trabajamos, por la ocupación total de este planeta.

—Me lo decía el corazón. ¿Dónde nos encontramos?

—Esto es Kret. Estamos en el interior de la montaña, en un refugio secreto.

—Que ya ha dejado de serlo, naturalmente —afirmó Mike, con aplomo—, puesto que lo sé yo.

—Le va a servir de poco, amigo. De todas formas, vamos a conducirles a presencia de un semejante suyo, el Profesor Basil Ruzicka, que ha colaborado con nosotros desde que llegamos a La Tierra. Y no le aconsejo que intente rebelarse. No lograría nada contra nosotros.

Parecía como si «Vel» hubiese adivinado el pensamiento de Mike, el cual estaba ya pensando en las posibilidades que tenía de lanzarse contra los encapuchados y emprenderla a golpes con ellos.

Optó por aceptar la situación con calma y se dijo que ya tendría ocasión de medirse con aquellos «Seres». Ahora, le convenía más saber lo que se proponían.

Les metieron en el interior de una cabina de ascensor, que ascendió rápidamente, sin cerrarse puerta alguna. Luego, siempre acompañando a la asustada e impresionada Virginia Rethel, avanzaron por un pasillo, al fondo del cual había una escalera, obstruida por una puerta metálica.

Uno de los encapuchados presionó un llamador y la puerta no tardó en descorrerse, dándoles paso a una sala, modernamente amueblada, al gusto y al estilo norteamericano de la época, en donde había un hombre alto y delgado, vestido con un traje antiguo, gris, y quien hizo exclamar a Virginia:

— ¡Señor Ruzicka!

—Perdone, señorita Rethel. Siento mucho lo ocurrido. Si ayer no hubiese venido a mi casa... Pero no nos lamentemos ahora. El daño no tiene remedio. La culpa, en realidad, no fue de usted, sino de alguien que utilizó el visófono para dar un mensaje y la línea se cruzó con la Agencia «Drupo». ¿Quieren sentarse, por favor?

El hombre señaló dos cómodas butacas.

—Prefiero estar de pie —dijo Mike, hostilmente—. No estaré mucho tiempo aquí. Tengo entendido que es usted un traidor.

—No, señor Staines. Soy un hombre de ciencia.

— ¡Un ser humano que colabora con el enemigo! —exclamó Mike, secamente.

—Usted también ha colaborado con ellos, Staines —replicó Ruzicka.

— ¿Yo?

—Sí. Ayer destrozó usted el mensaje captado.

— ¡Yo no he hecho tal cosa! —gritó Mike.

—Temo que no comprende usted. Vea esto —Ruzicka presionó el pulsador de un televisor y conectó el repetidor de noticias—. Este hecho

asombroso lo dieron anoche en el boletín informativo... Vea.

El locutor de la ABC T.V. se aclaró la voz, carraspeando ligeramente, y dijo:

—Y ahora una sorprendente noticia. Dos personas se «volatilizaron» esta noche, a las nueve, en Nueva York, frente al restaurante «Clovi's», y mientras sostenían una acalorada discusión con un teniente del ejército.

«Se trata del ingeniero Michael Staines, empleado de la Agencia de Investigaciones «Drupo», y de la señorita Virginia Rethel, diseñadora y residente en Cove Beach.

Ruzicka cortó el mensaje diferido y se volvió a la sorprendida pareja, diciendo:

—Eso sucedió anoche, en el corazón de Nueva York.

— ¡No éramos nosotros!

—Puedo asegurarles que sí —dijo Ruzicka—. Por ese mismo motivo estoy yo aquí, colaborando con los «garaos». En realidad, yo no soy el Profesor Ruzicka, ni siquiera su mente. Soy «Dolk».

— ¿«Dolk»? —preguntó Virginia.

—Si, el jefe de los «garaos»... Por favor, siéntense. Deseo hablarles con sumo interés. Esta inesperada situación ha cambiado totalmente nuestros planes.

«Ocurre que ustedes, o sea su ser-espíritu, ha sido enviado a una dimensión distinta, para que uno de los nuestros, dos, mejor dicho, ocupen sus cuerpos. Nos interesaba deshacer el error cometido, antes de que el asunto tomase proporciones alarmantes.

«Separar el espíritu de un cuerpo no es fácil, y a ello se debe el haber tenido que emplear un diferenciador de dimensiones. En otras circunstancias, ustedes no habrían vuelto a ser lo que eran. Prácticamente, estaban muertos, aniquilados. Solo sus cuerpos, ocupados por dos de nuestros hermanos, se mantenían vivos.

«Ocurre, además, que entre cuerpo y espíritu no existe siempre una identificación perfecta. Elegimos a dos conocedores de los humanos, a los que, en poco tiempo, inculcamos, por medio de aparatos especiales de transmisión de sentido y razón, todo cuanto debían saber de ustedes. Es preciso tener en cuenta que la memoria es un proceso puramente bioquímico.

»Hi y Jol son dos buenos agentes, aunque Jol nos había engañado y ha sido preciso amonestarle. Nosotros también tenemos traidores, señor Staines.

«En conclusión. Cometieron error tras error y no tuvimos más remedio que transmutarlos apresuradamente, aceptando las consecuencias del escándalo que ello ha provocado. Ahora, mucha gente cree en una ciencia sobrenatural, en magia oculta y no sé cuántas tonterías más.

«Por el contrario, las autoridades civiles y militares están investigando con ahínco, habiendo designado a sus mejores especialistas, porque, no sin lógica, relacionan el mensaje captado por usted en su ordenador electrónico, con la desaparición de Hi y Jol.

»Un caso difícil y delicado, que nos ha obligado a reintegrarles a la vida, a fin de que nos ayuden a salir del apuro.

— ¿Pretende usted que les ayudemos y seamos traidores a la humanidad?

—La traición tiene un sentido muy ambiguo, señor Staines —respondió Ruzicka—. Nadie en La Tierra puede evitar ya que nuestras fuerzas siderales lleguen aquí. Ya estamos aquí y ocupamos los puestos claves más importantes de la defensa terrestre. Es solo cuestión de días para que los cuadros de mando sean eliminados y la invasión se produzca.

»Es evidente, pues, que una colaboración desinteresada de ustedes sería altamente estimada por nosotros, pudiéndoles dar una recompensa especial por su colaboración.

Mike no esperó más y saltó hacia Basil Ruzicka, lanzando el puño con todas sus fuerzas. Aquel hombre, alcanzado de lleno, saltó hacia atrás, emitiendo un grito. Pero inmediatamente entraron en acción los encapuchados.

¡Y cuando Mike golpeó a uno, tuvo la sensación de haber estrellado su puño contra un bloque de acero!

Férreas y rígidas manos le sujetaron, sometiéndole apenas sin esfuerzo. El dolor le obligó a claudicar, angustiado.

CAPÍTULO IV

Mike tuvo la sensación de estar atrapado por una tenaza metálica, de la cual era imposible soltarse. Solo podía volver la cabeza y mirar en torno. Virginia Rethel estaba asustada y había retrocedido.

Por su parte, el profesor Basil Ruzicka se levantó y dijo:

—Poseemos cuerpos débiles, señor Staines. Y el daño que me ha causado su golpe solo ha sido físico. Puedo perdonarle. En mi estado natural no me habría hecho daño.

Mike no respondió. Era inútil hacerlo.

—Siéntalo ahí, «Rho» —añadió Ruzicka, señalando una butaca—. Y

sitúate detrás de él para que no repita su agresión.

El «Ser» que sujetaba a Mike le empujó, obligándole a sentarse en la butaca. Luego, permaneció detrás del prisionero, apoyándole su enguantada y férrea mano en el hombro.

— ¿De qué están hechos? —preguntó Mike.

—Nuestra vida es, por definirla de algún modo, inorgánica. Carbono, hierro y otras aleaciones.

— ¿Robots? —se sorprendió Mike.

—Exactamente —contestó Ruzicka, sentándose también frente a Mike—. Seres de morfología y metabolismo distinto al vuestro. No podemos reproducirnos tan fácilmente como vosotros. Digamos que nacemos de modo distinto.

— ¡Es inaudito! —exclamó Virginia Rethel, atónita.

—Nosotros podemos prescindir del cuerpo, dejarlo en el espacio y llegar hasta allí, como si dijéramos, viajando en un rayo de luz. ¿Le sorprende, señor Staines?

— ¿Qué es lo que se propone, Ruzicka? —replicó Mike.

—Tenga paciencia. Pronto lo sabrá. Ahora, le estoy explicando cómo somos. Luego le diré lo que queremos. Como ha podido ver, tenemos dos modos de vivir en La Tierra. Uno, en estado que podríamos decir normal, blindados. Así como invulnerables a sus armas.

»De ese modo, hemos de permanecer ocultos a ustedes. Seríamos atacados con toda clase de armas, incluso atómicas, y por eso hemos adoptado personalidad humana, sustituyendo a seres importantes de la política y el ejército.

»Ese es nuestro plan. Usted captó el mensaje en el que «Tatao» y yo hablamos de la suplantación realizada por «Komb» en la persona del senador Henry Farwell, de Kansas.

— ¿Henry F. es el senador Farwell? —se sorprendió Mike.

—Exactamente. Jefe de la comisión de defensa norteamericana. Y «Komb» sabe cómo ha de actuar. ¿No es así, «Rho»?

—Sí, Jefe —dijo el encapuchado situado detrás de Mike—. Mis hombres y yo ocupamos ya la zona de control número ocho, correspondiente a las bases de cohetes y proyectiles siderales de Pittsburg, Yorkstown, Morris y Cleveland. En ninguno de esos lugares se disparará un arma en cuanto se produzca la invasión.

—Y lo mismo sucede en otras zonas de control —continuó diciendo el seudo Basil Ruzicka—. Poco a poco, se van cumpliendo nuestros objetivos. La guerra se está realizando de acuerdo con un plan bien estudiado. No nos conviene enfrentarnos con los ejércitos terrestres, porque ustedes son muchos más que nosotros y el factor humano no les cuesta mucho. En cambio, nosotros somos un número limitado y sustituir a un hombre no es fácil, por muchas razones.

— ¿Qué objetivo persiguen ustedes? —quiso saber Mike.

—Simple. Para nuestra supervivencia necesitamos algo que puede llamarse alimento «garao». Es un mineral raro y que solo hemos encontrado en un par de mundos distantes, a los que llamamos Grantix y Dermos.

»Y lo curioso es que ese «alimento», en estado natural, nos perjudica extraordinariamente. Aquella atmósfera es corrosiva, implacable y despiadada. Obtener «alimento» en Grantix para un año, representa la muerte o destrucción de un «garao».

»Y ya he dicho que nosotros no nos reproducimos tan fácilmente como ustedes. Por esa razón nos vemos precisados a buscar mano de obra que nos ayude a explotar el subsuelo de Grantix y Dermos. Aquí, en La Tierra, sobra gente. Poseen un problema de exceso de población. Por lo tanto, queremos conseguir cien mil hombres cada mes, a fin de enviarlos a Grantix y Dermos, y que nos ayuden a sobrevivir.

— ¿No dice que se trata de climas peligrosos? —preguntó Mike.

—Sí, mortales. Ustedes, sin embargo, pueden sobrevivir allí más fácilmente que nosotros, aunque, tarde o temprano, serán víctimas del clima.

— ¡Usted quiere enviarnos a la muerte! —gritó Mike, intentando levantarse, sin éxito, gracias a las tenazas de «Rho».

— ¿Y qué representan para ustedes unos cuantos millones de seres?

— ¡Eso es genocidio!

—Llámelo como quiera, Staines —dijo Ruzicka, secamente—. Yo quiero salvar a mi raza. Es ley de supervivencia. Por eso hemos venido. Por eso luchamos.

— ¿La ley de la fuerza, eh? —inquirió Mike.

—Puede llamarlo así, Staines. Estamos obligados a ello y lo haremos. Ustedes tendrán que ayudarnos, de buen o mal grado. Somos los más fuertes y lo demostraremos.

— ¡Eso está por ver!

—Ya está visto. Dentro de poco, todos los terrestres serán desarmados, desmovilizados y clasificados para formar expediciones periódicas a Grantix y Dermos.

»Se les enviará en naves espaciales de gran tonelaje... ¡Y no regresarán! Naturalmente, dado el número tan elevado que son ustedes, no irán todos. Y los que queden podrán reproducirse más rápidamente.

»También de algún modo, en les que podamos confiar para que las cosas marchen de acuerdo con nuestros deseos. A estos representantes les otorgaremos privilegios especiales.

— ¿Va usted a proponerme que les ayude?

—Exactamente. Pero lo ha de hacer fielmente, sin regateos. A usted le conviene más que a mí lo que voy a proponerle.

—Se equivoca, Ruzicka —objetó Mike Staines, muy serio—. Soy un militar en situación de reserva y jamás seré traidor a mi raza... ¡Antes, morir!

Ruzicka sonrió y repuso:

—Matarle sería cosa fácil, Staines. Me bastaría mover un dedo y usted y la

señorita Rethel quedarían materialmente desintegrados. Pero no me gusta quitar vidas inútilmente. Todos cumplimos una función física necesaria.

«Recurriré a otro procedimiento para convencerle, señor Staines. Por ejemplo, ¿qué le parecería a usted recibir de nosotros el equivalente en oro y platino de unos veinticinco millones de dólares?

— ¿Veinticinco millones de...? —Mike abrió increíblemente los ojos, mirando a Basil Ruzicka, que ahora sonreía divertido.

—Esa es la cifra. Y la señorita Rethel obtendría otra cantidad igual. Además de ese dinero, gozarán del privilegio especial de nuestra consideración, no irán jamás a Grantix y Dermos y, con nuestra tutela, llegarían a ser personas influyentes en la administración que tenemos planeado instaurar.

Mike no estaba dispuesto a aceptar, ni siquiera ante aquellas halagüeñas condiciones. Pero sí deseaba saber lo que deseaban de él. Por este motivo, preguntó:

— ¿Y qué debo hacer?

—Estaba seguro de que llegaríamos a razones, señor Staines. Y eso confirma mi creencia de que es usted una persona inteligente —Ruzicka se inclinó hacia adelante—: Pues bien, lo que quiero de ustedes es fidelidad.

— ¿Nada más?

—Fidelidad en primer lugar. Estoy dispuesto a creer en su palabra de honor, puesto que le estaremos vigilando estrechamente. Una vez nos sea fiel, le dejaremos salir de aquí y regresará usted a Nueva York donde deberá hacemos un pequeño servicio.

«Creímos que con suplantarles a ambos sería suficiente. Ya sabe qué se cometió un error involuntario. Y eso nos ha llevado a una situación delicada e imprevista, cuyas consecuencias pueden ser peligrosas,

«Suponemos, mejor dicho, estamos seguros, de que las autoridades militares de este país, están ya avizores y buscan intensamente a ustedes. Por una serie de razones de deducción, se investigará su desaparición en plena calle, y alguien vendrá aquí.

«Pues bien, deseo que colaboren ustedes con nosotros. Es sencillo lo que tienen que decir. Y lógico. Ustedes no desaparecieron frente al restaurante «Clovi's». Sencillamente, se fueron, dejando allí a la señorita Fontyn y al teniente Robert Gerry.

— ¿Desaparecimos? —preguntó Virginia, aturdida.

—Desaparecieron Hi y Jol. Pero ustedes han de decir que se fueron sin hacer caso a las palabras de esa pareja.

Mike se volvió a mirar a Virginia.

— ¿Estuvo usted anoche en el «Clovi's», señorita Rethel? —le preguntó.

— ¡De ningún modo!

—No les cuesta nada decir lo que les digo —continuó diciendo Basil Ruzicka—. Les creerán mejor a ustedes que a esa otra pareja. Y se habrán de mantener en sus posiciones.

— ¿Y nos creerán? —quiso saber Mike.

—Están deseando hacerlo, pese a que el teniente Gerry y la señorita Fontyn se obstinan en decir que se esfumaron delante de sus ojos.

—Bien —dijo Mike—. No tengo inconveniente alguno en prestarme a ese juego. Veinticinco millones de dólares es una suma respetabilísima.

— ¿Cómo puede ser usted tan cínico, señor Staines? —prorrumpió Virginia—. ¿Se da cuenta de lo que hace?

—Naturalmente que sí —contestó él—. Se necesita ser un estúpido redomado para rechazar esa cantidad.

— ¡Yo la rechazo! —declaró la joven—. ¡Jamás traicionaré a mi raza!

— ¡No sea chiquilla! No se trata más que de decir algo que ni siquiera yo creo. ¿Cómo va a desaparecer uno en medio de la calle?

—Le aconsejo que siga el ejemplo del señor Staines, señorita Rethel. No lo lamentará.

En aquel memento sonó un zumbido, en alguna parte del aposento.

Ruzicka se volvió a uno de los «garaos» y le dijo:

—Deben ser visitantes extraños. Marchaos. Yo me quedaré con ellos.

Los cinco encapuchados se fueron por la puerta que habían entrado. Esta se cerró, no quedando el menor vestigio de paso en aquel lugar, debido al camuflaje perfecto del muro.

Ruzicka consultó una especie de reloj de pulsera.

—Decídase, señorita Rethel. Si accede, haré venir aquí a esos visitantes. Si no accede, vendrán y no les encontrarán aquí... ¡Habrán muerto definitivamente!

Virginia miró desesperadamente a Mike.

—No hay elección, señorita Rethel. Veinticinco millones o la muerte. No lo dude más. Creo que salimos ventajosamente beneficiados,

—Es que...

—Dirán que estuvieron en «Clovi's» y discutieron con Gerry y la señorita Fontyn. Luego, se fueron a otro lugar y después vinieron aquí.

—Sí, descuide, señor Ruzicka. Diremos eso —dijo Mike—. Y la señorita Rethel también lo dirá. ¿Verdad que sí?

—Pues... Bueno.

* * *

Mike no conocía al capitán Binsk, del servicio de inteligencia especial del Ejército. Con él venían dos funcionarios del Departamento de Policía. Uno se llamaba Clem Survey y el otro Ernest Adams.

Entraron en la sala, donde se encontraban Mike y Virginia, tomando un whisky que les había servido Ruzicka.

—Buenos días... ¡Hola, señor Staines! —saludó Binsk, jovial—. ¿No se lo dije?

Los dos funcionarios de la policía se presentaron, mostraron sus credenciales y Clem Survey preguntó:

— ¿Son ustedes Michael Staines y Virginia Rethel?
—Sí, ¿qué ocurre? —preguntó Mike.
— ¿Que ocurrió anoche en el «Clovi's»?
—Nada de particular. Fuimos allí a cenar y... Bueno, nos encontramos a una compañera mía de trabajo, acompañada del teniente Robert Gerry, pretendiente de la señorita Rethel. Debió sentarle mal al oficial ver a Virginia en mi compañía y me instó a salir a la calle con él.
— ¿Y qué ocurrió allí?
—Nada de particular. Discutimos brevemente y nos fuimos.
— ¿Se fueron? —preguntó Ernest Adams, incisivo—. ¿Cómo? ¿A dónde?
— ¿Cómo? —retrucó Mike—. Caminando, desde luego. Tenía el «truck» en un aparcamiento próximo. Regresamos a Kret. ¿No es así, Virginia?
—Sí, así es —contestó ella, muy seria.
— ¡El teniente Robert Gerry y la señorita Grace Fontyn afirman que se esfumaron ustedes ante sus ojos! —pareció acusar Clem Survey.
— ¿Esfumarse? ¿Han dicho eso?
— ¡Mucho más! ¡Se volatilizaron, se desintegraron...! ¡Puff, nada! ¡Así mismo!
Mike sonrió.
—Robert Gerry debía de estar borracho: ¡eso no lo puede creer nadie!
El capitán Binsk sonrió.
—Estaba seguro de que todo ha sido una tomadura de pelo de esos locos. Está claro. ¿Quién puede desaparecer así como así, sin más ni más?
—Pensamos que alguien, con poder suficiente para controlar la desintegración, puede hacerlo —dijo Adams—. Y usted ha oído las declaraciones del teniente Gerry. ¿Cree que está loco?
—No lo parece, pero lo está. Aquí tienen ustedes a los desaparecidos. Sencillamente, se marcharon. Regresaron a Kret y nada más.
—Será mejor que vengan con nosotros a Nueva York —observó Clem Survey—. Haremos una confrontación ante los testigos.
—El señor Staines es mi huésped —intervino Basil Ruzicka—. Este es un paraje solitario. Vino anoche con la señorita Rethel y le invité a quedarse.
— ¿Por qué no ha vuelto usted a su trabajo, Staines?
—Investigaba un cruce de llamadas captado en la Agencia. Creí que procedía de aquí, pero fue un error de la sonda electrónica. La llamada no surgió de aquí.
— ¡Usted dijo ayer que fue una broma de la señorita Rethel! —acusó Clem Survey—. Incluso, ella lo llamó a usted a la agencia, y así lo afirmó.
—Mintió porque yo se lo pedí —dijo Mike, con aplomo—. Decir una mentira no es delito. Yo investigué por mi cuenta. Creí tener en mis manos una pista para descubrir a los «Seres». No sé qué fantasías se me ocurrieron. Los «Seres» están en el espacio, y no aquí.
—Bueno, tengan la bondad de acompañarnos a la ciudad —terminó Ernest Adams.

Mike miró a Basil Ruzicka, como pidiéndole disculpas.

—Sí, vayan. No deben oponerse a la policía. Ya nos veremos, señor Staines. Y no olvide lo que hemos hablado. Me interesan mucho sus promesas.

Los dos policías y el presunto capitán Binsk se dirigieron a la salida, seguidos de Virginia y Mike, y acompañados de Basil Ruzicka, de quien se despidieron todos en el vestíbulo, para salir al exterior y tomar la escalera de piedra que conducía a la carretera.

Poco después, cuando llegaron ante la casa de Virginia, Mike vio allí su propio «truck». También había dos vehículos de la policía y cuatro agentes de uniforme.

— ¿Llevo mi «truck»? —preguntó Mike.

—Sí. Yo le acompañaré —dijo Clem Survey—. La señorita Rethel puede ir con Ernest y el capitán Binsk.

Este último pareció vacilar, sin saber con quién debía ir. Al final optó por no hacer comentario y marchar con Virginia y Adams.

Subieron a los vehículos y se pusieron en marcha. El que conducía el «truck» de Mike era el funcionario de policía, cuya pericia era indiscutible.

Por su parte, Mike extrajo una cartulina del casillero y una pluma eléctrica, con la que escribió rápidamente: «No hable usted, oficial. Sospecho que pueden estar oyéndonos... ¡Hemos estado en poder de los “Seres" y me he prestado a un juego para librarme de ellos! ¡Necesito informar ampliamente de todo lo que he visto!»

Mike pasó la nota a Clem Survey, volviéndose con disimulo hacia el otro vehículo que les seguía.

El oficial de policía, que había visto a Mike escribir, leyó la cartulina y la dobló, con una mano, metiéndosela en el bolsillo, sin hacer el menor comentario. Al cabo de unos instantes, al salir de una curva de la carretera, comentó:

—Hace un tiempo maravilloso, señor Staines. Parece muy amable el señor Ruzicka, ¿no es así?

— ¡Oh, sí, mucho!

— ¿A qué se debe la ocurrencia de venirse a vivir a un lugar tan solitario como este?

—Lo ignoro. A la señorita Virginia Rethel le gusta este lugar por su trabajo. Dice que se inspira mejor aquí.

Clem Survey eludía deliberadamente el tema principal, haciendo caso a Mike. Y el resto del trayecto hasta la gran megápolis de Nueva York lo pasaron charlando de asuntos intranscendentes, en los que solo se aludieron brevemente a las declaraciones hechas por Mike en el chalet de Ruzicka.

Una vez en el Departamento de Policía, Mike y Virginia fueron conducidos a salas separadas e insonorizadas, donde esperaron brevemente. Luego, Clem Survey se encerró con Mike.

—Aquí no puede escucharnos nadie. Cuéntemelo todo —dijo el oficial.

Mike explicó su historia sin omitir nada.

—Esos sujetos han sustituido a personajes importantes de nuestros medios políticos y militares. Y es un inconveniente grande, puesto que solo conocemos a uno, si exceptuamos al propio Basil Ruzicka, que es el senador Henry Farwell.

»Si se le detiene, se armará una gran polvareda. Yo sé que mi vida está en peligro, y no me importa. Eso es lo único que puedo perder. Pero mi sacrificio podría resultar inútil, si no se actúa con cautela.

Clem Survey había tomado abundantes notas de las declaraciones de Mike, y cuando este terminó, hizo el siguiente comentario:

—Ahora me encuentro yo igual que usted, Staines. ¿A quién le doy mi informe? ¿A mis superiores? ¿Cómo voy a saber que no son «Seres» que ocupan el lugar de mis jefes?

— ¿Qué podemos hacer? Es preciso correr algún riesgo —objetó Mike—. ¿No conoce usted alguien en quien poder confiar? Creo que no se debería consultar con nadie. Primero, hay que detener a Ruzicka y llevarle a lugar seguro. Su apariencia humana nos favorece. Debe temer la destrucción y puede que delate a sus compañeros.

»Y al senador Farwell, o sea el «garao» llamado «Komb», se le puede hacer lo mismo.

— ¿Está seguro de que son metálicos? —preguntó Clem.

—Sólidos como el acero, y flexibles al mismo tiempo.

— ¿Y cómo pudieron llegar a La Tierra?

—Ignoro de qué procedimiento se han valido para ello, pero están aquí, y su número se hace cada vez más peligroso. Han debido encontrar algún fallo en nuestro sistema de vigilancia espacial, y por ahí se han infiltrado.

—Es tan sorprendente lo que me ha contado, que no sé qué hacer ni qué decir.

—Le sugiero simular una confrontación entre la señorita Rethel y yo y el teniente Robert Gerry y Grace Fontyn. Lo más conveniente es ir reuniendo, con prudencia, un grupo de personas en las que podamos confiar ciegamente. Entonces podremos actuar contra ellos.

—Sí, el teniente Gerry no habría armado este alboroto de ser uno de ellos.

—Ni nos habrían ofrecido ese dinero para colaborar con Ruzicka. Quizás no se necesiten más de cuatro o cinco para hacernos con Basil Ruzicka y llevarle donde nadie pueda encontrarlo —dijo Mike.

— ¿Cree que podemos arrancarle los nombres de las personas que han sido suplantados?

—Podría ser... No perdemos nada intentándolo —dijo Mike, fieramente.

—Bien. Creo que debemos correr ese riesgo... Y, en honor a la verdad, no me gusta nada el capitán Binsk. Él fue quien habló con el otro usted, ayer, en la «Drupo». El señor Everell nos ha dicho que hablaron en privado.

—No hay necesidad de enterarlo de esto. ¿Cuándo iremos a por Ruzicka?

—Esta misma noche le capturaremos, Staines.

CAPÍTULO V

También podía confiarse en Virginia Rethel, la cual había pasado por idéntica experiencia que Mike, y la joven dibujante podía vigilar y cubrirles la retirada. Por estos motivos aceptaron llevarla consigo.

Clem Survey no informó de sus planes a sus superiores. Decidió actuar por cuenta propia, y así se lo manifestó a Mike.

—Nadie debe de saber nada. Saldremos de aquí esta tarde, bajo pretexto de una diligencia especial. Tengo autoridad para hacerlo.

— ¿Y su compañero Adams? —preguntó Mike.

—Tengo absoluta confianza en él, sin duda, Pero, dadas las circunstancias, no podemos confiar en nadie. En realidad, solo tengo fe en mí.

Mike sonrió y asintió.

—Comprendo su postura y la elogio. Piense, sin embargo, que corremos un gran riesgo. Los «Seres» protegerán a su jefe.

—Es lógico. De todos modos, me extraña que hayan confiado tanto en ustedes. Ha sido una temeridad por su parte.

Mike asintió.

—Eso es, precisamente, lo que me preocupa. Se han jugado demasiado conmigo. Yo podía fingir aceptar su proposición y luego traicionarles. Y no los creo tan tontos como para caer en ese error.

—Tal vez confiaban demasiado en su ambición, Staines —objetó el policía.

—De un modo u otro, pronto saldremos de dudas.

Así fue. Aquella tarde, Mike y Virginia, acompañadas por Clem Survey, salieron del departamento de policía, procurando no llamar mucho la atención, para lo que utilizaron una salida posterior, hasta un patio donde les aguardaba un «truck» de líneas aerodinámicas.

Subieron los tres al vehículo y se alejaron del edificio, cruzando una puerta de grandes dimensiones. Una vez en marcha, discurriendo por una calle amplia, Clem abrió una caja que tenía junto a su asiento y extrajo tres armas vibratorias, de las utilizadas por la policía, dando una a Mike, y otra a

Virginia.

— ¿Sabe usted cómo funciona esto, señorita Rethel?

Impresionada aún por todo lo sucedido, la joven denegó con la cabeza, sin osar tomar el arma.

—Se empuña y se oprime este disparador. El arma tiembla un poco en la mano, pero si no se la dirige hacia usted, no le ocurrirá nada. Tome, guárdela.

Mike no hizo comentario. Estaba tranquilo y resuelto.

—Usted se quedará en el coche, señorita Rethel —dijo Clem—. Nosotros nos acercaremos a la casa, procurando no ser vistos. ¿Hay modo de llegar hasta ella, sin utilizar las escaleras del acantilado?

Virginia denegó con la cabeza.

—No. Descender por los peñascos es peligroso.

—He traído una escala de «fibrex», por si podemos necesitarla —añadió el agente—. Está en el portaequipajes.

—Tengo miedo —dijo Virginia—. Presiento que va a ocurrir algo terrible.

— ¡Peor sería no hacer nada!

—No tema. Usted se quedará en el «truck», vigilando. Hemos de establecer un tiempo de espera... Media hora, por ejemplo. Si para entonces, no hemos vuelto, usted regresará inmediatamente a Nueva York y dará la alarma. No se preocupe. Informe a varias personas de la policía, al teniente Gerry, a quien quiera. Cuantas más personas sepan lo que ocurre, más posibilidades tenemos de encontrar amigos.

—Sí, lo haré... En caso de que me dejen huir.

Una vez fuera de la megápolis, el «truck» conducido por Clem Survey se deslizó rápido hacia el sur. En poco tiempo llegaron a la bifurcación que conducía a Kret, y Clem pasó de largo, para llegar hasta la localidad de Cove Beach, donde se detuvieron en un hotel.

—Aguardaremos aquí a que se haga de noche —dijo Clem—. Podemos comer algo y luego regresar a la bifurcación. Creo que podré subir hasta Kret sin luces.

— ¡Podemos despeñarnos por esos precipicios! —exclamó Virginia temblando.

—Descuide. Habrá algo de luna e iré a poca marcha, para no hacer ruido.

Mike aceptó el plan. Dejaron las armas en el «truck» y entraron en el hotel, donde cenaron sobriamente, en silencio. Al terminar, pagó la cuenta el policía y salieron. Era ya casi oscuro y, efectivamente, había un cuarto creciente lunar en el cielo.

Al subir al coche, Mike sujetó a Virginia del brazo.

—Oiga, Virginia. No tema en exceso. Es preciso hacer lo que intentamos, y ha de ser así, con cautela y sin hablar con nadie. Piense en que si los planes de Basil Ruzicka se realizan, toda la humanidad se convertirá en esclavos.

—Habría sido mejor informar al Comité de Defensa. Estamos arriesgándonos inútilmente —musitó ella.

—Es preciso hacerlo. Vamos, señor Survey.

De nuevo en marcha, regresaron hacia la bifurcación de Kret, utilizando el paso inferior al llegar. Clem Survey salió por debajo de la autopista, ya con las luces apagadas. Y, sin ruido, el vehículo enfiló la carretera hacia las cumbres.

Se veía ya con dificultad, pero el policía era diestro y no iba a más de diez kilómetros por hora, silenciosamente, ascendiendo hacia el lugar elegido por Virginia para vivir aisladamente. De haber sabido ella en días anteriores que sus vecinos eran tan peligrosos, no habría estado tan orgullosa de su soledad.

—Cuidado en la curva, inspector —musitó Mike.

—No tenga miedo, Staines. Sé lo que hago. No subiremos hasta la cumbre. Nos detendremos a dos kilómetros. Hay un lugar, entre árboles, donde podemos dejar el coche enfilado hacia abajo.

»Este «truck» lleva faros posteriores. Si oyese algo, encenderá usted las luces.

—Sí. ¿Dónde está el interruptor?

—Aquí, en el tablero —contestó Survey—. Le digo esto porque si viese usted peligro, debe salir a escape y no dejarse alcanzar. Pero utilice la radio para pedir socorro e informe ampliamente de todo.

—No parece usted tener mucha confianza en el regreso —comentó la joven.

—No sé lo que puede suceder y hay que preverlo todo.

Mike Staines tomó su arma y retiró el seguro. El «truck» continuaba ascendiendo lentamente, guiado por la mano diestra del policía. A medida que se acercaban a su destino, la tensión aumentaba entre los tres.

Al fin, Clem Survey extendió el brazo y musitó:

—Voy a dejar el vehículo allí, en dirección hacia abajo.

Así lo hizo. Al desconectar el motor eléctrico, preguntó:

— ¿Sabe usted cómo funciona esto, verdad? —miró a Virginia intensamente.

—Sí, pierda cuidado.

—Vamos pues.

Survey abrió las portezuelas automáticas y salió, seguido de Mike, quien tendió la mano a Virginia.

—Deséenos suerte. Traeremos a Ruzicka.

—Así sea... ¡No se arriesgue demasiado, Mike! Si es necesario, daremos la alarma y pase lo que Dios quiera.

—Vamos —siseó Survey.

* * *

Había luz en varias de las ventanas y todo parecía tranquilo. Survey se inclinó sobre el oído de Mike, musitando.

—Quédese aquí. Yo bajaré primero y le esperaré junto a la casa. No será necesario llevar la escala de «fibrex».

—Podemos utilizarla para amarrar a Ruzicka —objetó Mike.

—Lo haremos cuando le tengamos aquí. Hay que llevar las manos libres. Han debido poner alguna especie de alarma.

Mike asintió.

—Está bien.

Survey inició el descenso por la escalinata. Desde arriba, Mike veía su sombra moverse silenciosamente y con cautela. Era un hombre valiente, al parecer.

Mike vio apagarse la luz de una de las ventanas iluminadas. Pensó que Basil Ruzicka o alguno de sus compañeros se retiraba a descansar. No había logrado apartar de su mente todo cuanto le dijera Ruzicka acerca de los «garaos» y su extraña condición metálica. Tampoco olvidó cuanto viera en el laboratorio situado bajo aquel edificio de inocente aspecto.

Todo aquello era para sobrecoger al más templado. Él, sin embargo, permanecía allí, siguiendo las instrucciones de Survey, y atento a sus movimientos.

De pronto, junto a la carretera, Mike oyó pasos. Se volvió y pudo ver a un hombre que se acercaba por el camino, hacia la escalinata. No pudo distinguir su rostro, pero vio que era un hombre alto y que vestía un suéter color metálico.

Mike se agazapó instintivamente, a un lado de la escalinata, ocultándose entre los árboles. No podía gritar para avisar a Survey, quien ya estaba cerca del «cottage». Y el hombre que descendía ya la escalera se dirigía a la casa de Ruzicka.

Tuvo una inspiración súbita y decidió ponerla en práctica. Para ella, salió al encuentro del recién llegado y musitó:

— ¡Quieto, no se mueva! ¡Estoy armado!

— ¡Eh! ¿Qué significa? ¿Quién es usted?

— ¡Cállese o le paralizo! ¡Échese a la derecha...! ¡Alce las manos!

El individuo vio el arma y se inmovilizó.

— ¿Es usted un ladrón? —preguntó, con voz serena.

—No. ¿Y usted, quién es?

—Soy escritor. Me llamo Harris Noyeau y vivo ahí arriba.

— ¿A dónde iba usted?

—Pues... A ver al Profesor Ruzicka. Me está esperan... ¿Qué es eso?

¡Un grito infrahumano había surgido, súbitamente, de junto al «cottage», y Mike sintió helársele la sangre en las venas al reconocer la voz de Clem Survey!

Se volvió, a tiempo de ver, junto a la entrada del pequeño jardín, surgir un intenso fogonazo azul, en medio del cual pareció volatilizarse una figura humana.

—El inspector Survey —gritó Mike.

—Por todos los diablos del mundo —exclamó el otro individuo—. ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Váyase de aquí inmediatamente! ¡Escape! —gritó Mike al escritor—.

A dos kilómetros de aquí, carretera abajo, hay un «truck», en donde aguarda la señorita Rethel. Vaya usted con ella y huyan de aquí... ¡No pierda un segundo!

Mike descendía ya la escalera hacia el edificio que parecía colgado del acantilado. El otro hombre pareció dudar.

Una puerta se abrió en el «cottage», apareciendo la silueta de un hombre, recortada contra la luz interior. Mike, saltando los peldaños de tres en tres, reconoció inmediatamente al profesor Ruzicka.

¡Y hacia él apuntó su arma vibratoria, oprimiendo levemente el disparador!

El hombre o monstruo enmarcado en el dintel de la casa se contrajo, alcanzado por el rayo vibrador, retrocediendo un paso, para luego caer.

Mike llegó casi hasta el lugar donde se había producido el fogonazo azul, que era la entrada al jardín. Allí debía de existir sin duda algún circuito electrónico de alto voltaje, cuya onda debió ser cortada por el cuerpo de Survey, provocando la luz que le desintegró.

El ingeniero de la «Drupo» no quiso correr riesgos y no cruzó aquel espacio, saltando sobre el muro de piedra y penetrando en el jardín, para acercarse a la mansión. La puerta seguía abierta y el cuerpo del profesor Ruzicka estaba en el suelo, inerte.

Al acercarse al caído, Mike oyó un zumbido que parecía venir del interior de la vivienda. Sin perder un segundo, se agachó sobre Ruzicka y le agarró del brazo, levantándole vigorosamente y cargándoselo con facilidad al hombro.

Salió al jardín cuando se abrió una puerta interior y apareció un «garao» encapuchado. Con una mano, Mike disparó el vibrador hacia él. ¡Y pudo ver como el encapuchado parecía recibir un fuerte calambre y retrocedía, aturdido!

Dos nuevos disparos de vibrador, hacia los pilares de la entrada del jardín, en donde se había desintegrado el inspector Survey, sirvieron para estremecer las piedras y provocar una serie de chisporroteos azules que pronto se apagaron.

Mike Staines cruzó entonces por allí, a la carrera, sin que ocurriese nada.

Cuando empezó a subir la escalinata de piedra, Mike se volvió. Vio otro encapuchado salir con increíble ligereza. Aquel sujeto llevaba algo en las manos enguantadas.

Mike disparó hacia él y no se detuvo a ver el resultado. Debía correr, y, desgraciadamente, Ruzicka pesaba sus setenta quilos. No obstante, Mike sacó fuerzas de flaqueza y corrió escalinatas arriba, sin ver ahora a Harris Noyeau, que debió hacerle caso, huyendo.

Llegó arriba jadeante y desde lo alto, dando toda la potencia al arma, Mike volvió a disparar dos veces seguidas, para impedir a sus posibles perseguidores que fuesen tras él. Luego, corrió por el camino hacia la carretera, pudiendo ver, a lo lejos, los faros traseros del «truck» ocupado por Virginia Rethel, y envuelto en la intensa luz, a la figura del escritor Noyeau.

Corrió con toda su alma, sin soltar a Ruzicka. La carretera descendía

acusadamente y esto facilitaba su precipitada marcha.

La luz trasera del «truck» se apagó en aquel instante. Mike se encontraba aún muy lejos, sobre una curva. Y cual no sería su asombro y consternación al ver que el vehículo se ponía en marcha y arrancaba violentamente, alejándose carretera abajo.

Pensó en gritar, para que le oyera Virginia. Mas se contuvo a tiempo, diciéndose que también podían oírle los que le estarían siguiendo, a los que no convenía informar de lo ocurrido.

Por tanto, viendo que el «truck» se iba, decidió ocultarse entre los árboles, para dirigirse hacia la casita de Virginia, situada a poca distancia, en la sombra.

Allí, detrás de un muro bajo, se detuvo, respirando entrecortadamente, y dejó a Basil Ruzicka en tierra. Le examinó brevemente, comprobando que estaba sin sentido a causa de la sacudida vibratoria, que no fue lo suficiente como para matarle. Por la instrucción teórica aprendida en el ejército, Mike sabía que su víctima permanecería insensible unas horas. Y en este tiempo debía de encontrar un buen refugio, donde no pudiera ser encontrado por los «garaos».

Pensó en forzar una ventana de la mansión de Virginia, pero se dijo que era un lugar demasiado próximo al refugio de los «garaos» que, posiblemente, registrarían todos los lugares.

Y maldijo a Virginia por haberse marchado sin esperarle. El escritor Harris Noyeau debió darle su recado y ella no había hecho más que cumplir. La culpa no la tenía nadie más que él.

Entonces, habituados ya sus ojos a la oscuridad, vio el pequeño garaje del chalet de Virginia.

—Ah, debe de haber algún vehículo —exclamó.

Se acercó y tentó la puerta. A la leve presión de sus manos, la plancha osciló y se encogió sobre sí misma, por medio de un sistema flexor. Y, en efecto, dentro había un pequeño aeromóvil, azul, de dos asientos.

Sin perder un instante, Mike levantó al inconsciente Ruzicka y lo llevó al garaje, depositándolo en un asiento. Él ocupó el otro y presionó el botón de arranque. En el mismo instante, cuatro «garaos» encapuchados aparecieron en la carretera.

Uno de ellos vio la luz del garaje y se anticipó a Mike, disparando algo que solo se vio el efecto. Una explosión sorda se produjo ante la puerta del garaje, y del suelo pareció brotar una densa humareda.

Mike oprimió también el vibrador, en abanico, para abarcar a los cuatro «garaos», y luego presionó a fondo la palanca de arranque, con lo que el aeromóvil pegó un salto adelante, saliendo al claro, junto a la carretera y cruzando a través del humo.

Contuvo el aliento en aquel instante por temor a lo que supuso podía ser un gas letal. Y un calor intenso le invadió a consecuencias del humo. Por fortuna, su paso fue rápido y la carretera, en descenso, apagó el calor.

No vio siquiera a los «garaos». Con las luces tendidas ante él, aceleró el vehículo, hacia la curva, para virar vertiginosamente, estando a punto de precipitarse en el barranco, porque las ruedas se deslizaron a escasos centímetros del borde de la carretera.

Mike se vio precisado a moderar la marcha. Aun así, iba a más de setenta por hora, en un descenso que podía ser decisivo para él y para el extraño individuo que llevaba, inconsciente, a su lado.

De vez en cuando, volvía la cabeza por si era perseguido. Y como no veía a nadie, poco a poco se fue tranquilizando. Pese a la desintegración de Clem Survey, Basil Ruzicka había sido raptado, y con ello podían asestar un duro golpe a los «garaos» invasores.

Mike miraba con frecuencia a su víctima, esperando notar en él indicios de recobrar el conocimiento. Continuaba empuñando el arma y el cañón lo dirigía hacia el otro.

Al fin, allá abajo apareció la autopista Sur-Costa Atlántica, y vio discurrir algunos rápidos vehículos. Nadie le había seguido, como pudo comprobar. Y Virginia Rethel debía llevarle mucha delantera.

Una vez sobre la autopista, lanzado a toda velocidad en dirección a Nueva York, Mike colocó el piloto automático y se inclinó sobre Ruzicka. Le auscultó el corazón, notando que funcionaba con normalidad. Y le registró, sin encontrar nada en sus bolsillos, excepto un curioso objeto, en forma de canuto metálico, con una pequeña esfera perforada, muy parecido a un micrófono.

Se lo guardó en el bolsillo y se apartó todo lo que pudo del otro, esperando que se recobrase. El arma le apuntaba directamente al pecho.

Pero no fue hasta que estaban entrando en Nueva York que Ruzicka dio señales de vida, moviéndose primero, gimiendo después y terminando por parpadear.

Al fin, abrió los ojos y miró primero a Mike, y luego en derredor.

— ¿Qué...? ¿Quién es usted?... ¿Qué hago aquí?

Mike arqueó las cejas.

—Ya me conoce, Ruzicka, o «Dolk». No finja, ni se mueva. Un movimiento sospechoso y le paralizo de nuevo. A esta escasa distancia, una descarga puede ser mortal.

Al decir esto, Mike desconectó el piloto automático y redujo velocidad, para ir a detenerse a un lado de la carretera, frente a la playa bordeada de palmeras.

—No le entiendo... ¡De veras que no le conozco!

—Pues hemos estado hablando esta misma mañana, «Dolk».

—No me llamo «Dolk». Mi nombre es Basil Ruzicka, y soy profesor de exobiología en la Universidad de Varsovia —habló el hombre.

— ¿Y qué está haciendo en Kret?

— ¿En Kret? ¿Qué es Kret? —el hombre tenía ahora una expresión confusa, mezcla de miedo y perplejidad—. Yo no le he visto nunca a usted.

No sé quién es, ni por qué viajo en este vehículo.

Un nefasto presagio empezó a invadir a Mike.

— ¡Le he traído desde el chalet situado sobre el acantilado! —gritó.

— ¡Qué tontería! Yo estaba en mi hotel, en San Francisco. Vine a los Estados Unidos a dar una conferencia. Me retiré a descansar y… ¡Ahora me encuentro aquí!

— ¿Sabe usted en que día está?

—Sí, ¡naturalmente! Hoy es jueves, 22, junio... Y estamos en 1997.

¡La verdad sacudió a Mike!

¡Aquel hombre creía vivir en una fecha que ya había pasado, hacía más de un año!

—No, Profesor. Estamos a martes, 11 de mayo de 1998. Y esto es Nueva York.

— ¡No! ¡Imposible! —exclamó Ruzicka, mirando en derredor.

—Lo siento. Voy a llevarle al departamento de policía. Tengo motivos para creer que es usted un «Ser» invasor. Yo soy Mike Staines, de la agencia «Drupo» e investigo una infiltración de «seres» en nuestro planeta.

— ¿Y cree que yo soy uno de ellos? ¡Eso es inaudito!

—No puedo explicarme lo que ha ocurrido, profesor Ruzicka. Ni creo que lo sepamos nunca. Pero usted mismo, diciéndome ser «Dolk», el jefe de los «garaos», habló conmigo esta mañana y me ofreció una fuerte suma en oro y platino para ayudarles.

— ¡Está usted loco! ¡Vamos inmediatamente a ver a la policía! Yo soy Basil Ruzicka y nadie más.

—Sí —afirmó Mike, tristemente—, iremos a ver a la policía... Y mucho me temo que este sea mi último día de vida. Acabo de jugarme la existencia a cara o cruz, y he perdido.

Basil Ruzicka miró a Mike como si estuviese viendo a un demente.

CAPÍTULO VI

Mike Staines fue encarcelado en cuanto se presentó en el Departamento de Policía. El inspector Ernest Adams no quiso ni escucharle.

—Usted convenció a Clem Survey para llevarle a Kret, ¿Dónde está?

— ¡Desapareció en medio de una llamarada azul!

— ¡Está usted acusado de asesinato, Staines! ¡No saldrá fácilmente de aquí!

— ¡Tengo que hablar con los dirigentes de la «Drupo»! —gritó Staines—. ¿Y la señorita Rethel?

Todo aquello era confuso, extraño, desconcertante. A Basil Ruzicka se le llevó a una sala de identificación, donde cuatro funcionarios se ocuparon de él, abrumándole a preguntas, abriendo cartulinas taladradas, con claves para ordenador electrónico, que luego habrían de ser «exploradas» por técnicos especializados.

La realidad era que de Virginia Rethel no se sabía nada, ni se había recibido ninguna llamada de socorro, ¡ni los agentes enviados rápidamente a Kret encontraron nada!

¡No existían «garaos» encapuchados, ni hallaron laboratorio secreto bajo el «cottage», ni a nadie! Y mucho menos, se encontraron vestigios de Clem Survey.

Solo existía un objeto extraño: la especie de micrófono que Mike halló en uno de los bolsillos del supuesto Basil Ruzicka. Y esto era altamente significativo, porque el objeto no correspondía a nada conocido, ni clasificado, y menos sabía nadie cuál era su uso.

Mike Staines tuvo tiempo de reflexionar acerca de la aventura en que se había metido, por culpa del cruce de líneas captado en la Agencia «Drupo», mientras veía pasar las horas dentro de la celda aislada en donde fue encerrado. Ignoraba que, a través de una cámara oculta, estaba siendo observado por un agente encargado de su custodia.

Sentado en un apoyo que surgía del muro, harto de pasear arriba y abajo, Mike llegó, incluso a pensar en si estaría loco. Todo cuanto le había sucedido era absurdo y parecía irreal, de no ser porque detrás de todo aquello, ¡y él estaba bien seguro!, se encontraba una terrible amenaza para la humanidad.

De pronto, la puerta se descorrió silenciosamente, apareciendo el inspector Ernest Adams, seguido de dos agentes de uniforme.

—Salga, Staines —dijo Adams, secamente.

—Escuche, Adams. Su compañero Survey confío en mí. Él se dio cuenta...

— ¡Cállese! El inspector Survey está en su despacho. Ha informado de lo ocurrido anoche en Kret, y en nada le favorece su informe.

— ¿Qué?

Los dos agentes colocaron en las manos de Staines unas abrazaderas magnéticas, que le impedían mover las manos, y le condujeron a un ascensor.

— ¡No puede ser! ¡Yo le vi desintegrarse en medio de una llamada azul!

—Sí, y usted desapareció frente a la puerta de un restaurante, ante testigos, y ahora se encuentra aquí, complicándonos la vida. No se atormente, Staines. Lo menos que le puede ocurrir es que le encierren en un manicomio.

— ¡Eso es lo que se propone «Dolk»! ¿Qué han hecho con el senador Farwell?

— ¿Y qué podemos hacer? —se burló Adams.

Efectivamente, Clem Survey estaba sentado detrás de una mesa, en el despacho número 235 del Departamento de Policía. Nada más verle, Mike Staines comprendió que, aunque sus ropas y su aspecto eran los del inspector Survey, su interior pertenecía a un «garao».

—Hola, Staines —saludó «Survey»—. He leído su declaración y me he quedado estupefacto. ¡Sabe que tiene usted una fértil imaginación!

Esposado como estaba, Mike se acercó a la mesa de «Survey».

— ¿Quién es usted? ¿«Dolk», «Tatao», «Rho» o «Xeen»? ¿Y todo lo que hablemos ayer...?

— ¡Basta, Staines! —gritó «Survey», poniéndose en pie y golpeando la mesa—. No consentiré más tan teorías suyas. Ni me dejaré engañar como me engañó ayer. Estoy dispuesto a creer que sabe convencer a cualquiera, porque a mí me convenció con sus palabrerías... ¡Una infiltración de «Seres»! ¡Bah, paparruchas! ¿Dónde estarán esos infelices? La verdad es que me conmocionó usted con el vibrador y me dejó escondido y sin sentido en su propio «truck», en un garaje de la calle 90. ¿Y la señorita Rethel?

Mike se encogió de hombros con desaliento.

—Es inútil. Me doy por vencido. ¿Qué quiere «Dolk» de mí? Le traicioné y debo pagar, ¿no es así?

«Survey» miró al inspector Adams.

—Un caso clínico, ¿eh?

El otro asintió.

— ¿Puedo avisar al jefe de mi departamento, en la «Drupo»? —preguntó Mike—. Es Hugo Everell. Deseo que me proporcione un abogado.

—Lo tendrá, Staines —dijo Adams—. Yo mismo avisaré a Everell... Pero antes deben examinarle los forenses siquiátricos.

Mike se encogió de hombros. Luego, como si tuviese una ocurrencia, preguntó:

— ¿Y el escritor Harris Noyeau?

— ¿Qué ocurre con él? —quiso saber «Survey».

—Mientras yo llevaba a Ruzicka, él se fue con la señorita Rethel.

—Se está buscando afanosamente a la señorita Rethel. No podrá escapar... — «Survey» se interrumpió al sonar un interfonovisor que había sobre su mesa—. Sí, aquí Survey... ¡Ah, el capitán Binsk! Hazle pasar, Roy.

La puerta no tardó en abrirse, entrando el oficial de la inteligencia especial del ejército, quien miró con interés a Mike.

—Hola, señor Staines. Nos han informado que encontró usted algo extraño, ¿no es así?

— ¡Todos ustedes son extraños! Especifique, si hace el favor.

—Me refiero al objeto que llevaba el Profesor Ruzicka en el bolsillo. Un aparato que nadie parece saber para lo que sirve.

Mike sonrió.

—Quieren recuperarlo, ¿eh? Pues no lo tengo yo... Se lo quedó él —Mike señaló al inspector Adams.

—Queremos examinarlo en el centro.

—Sí, yo lo tengo. Este hombre dijo haberlo encontrado en el bolsillo de Basil Ruzicka. Se lo daré ahora mismo, capitán Binsk.

— ¡No se lo dé, inspector! —gritó Mike—. ¡Este hombre es uno de ellos!

— ¿Qué está usted diciendo, señor Staines? —exclamó «Binsk».

—No le haga caso, capitán. Este hombre está loco perdido —dijo «Survey»—. Pronto estará en un manicomio.

* * *

¿Qué había sido de Virginia Rethel?

La verdad era que ni ella misma lo sabía. Mientras esperaba, con los nervios en tensión, el regreso del inspector Survey y Mike Staines, a la luz de los faros vio acercarse al escritor Harris Noyeau, cuyo suéter metálico era inconfundible.

Ya no vio nada más. Ni siquiera vio lo que el escritor sacó del bolsillo, ¡y que era un objeto metálico, en forma de tubo, con una esfera en el extremo!

Los ojos de Virginia se cerraron. Y, cuando volvió a abrirlos se encontró en una estancia de regulares dimensiones, sin ventanas, y estaba sola, tendida en el duro suelo. Tampoco parecía haber puertas. Todas las paredes eran lisas, grises, y no existía el menor objeto de adorno.

Se levantó, ligeramente aturdida, y tentó las paredes, buscando una salida. En esta operación, la sorprendió una voz que parecía surgir de todas partes y de ninguna, que le decía:

—No se moleste, señorita Rethel. Está usted completamente aislada. La observamos a través de una cámara de circuito cerrado que hay instalada en el techo.

Virginia, asustada, se aplastó contra el muro, levantando el rostro.

—No nos engañó usted, señorita Rethel. Sabíamos que intentaría traicionarnos. Pero de nada le ha servido. No pueden ustedes luchar contra nosotros. Somos más fuertes y más hábiles.

»Nos hemos visto precisados a renunciar al profesor Ruzicka, quien nos ha servido bien hasta ayer. No podía correr el riesgo de permanecer dentro de él más tiempo.

— ¿Es usted «Dolk»? —osó preguntar la joven.

—Sí, soy «Dolk». Yo estaba antes en el cuerpo del Profesor Ruzicka. Ahora, he tenido que recobrar mi auténtica personalidad. Voy a partir dentro de pocas horas hacia Garao. Mis consejeros me llaman y mi puesto está allí. La Tierra será ocupada dentro de pocas semanas y todo habrá terminado para

ustedes.

»Lo siento. No pueden luchar contra nosotros. Somos más inteligentes y poseemos más recursos...

Con ojos desorbitados, Virginia miraba intensamente hacia el techo, como si estuviese viendo allí al individuo que le dirigía la palabra. El miedo iba tomando cuerpo tangible en su corazón y una inexpresable angustia la atenazaba.

Sin embargo, pudo preguntar:

— ¿Qué... harán conmigo?

—Ya conoce su suerte. Formará parte de la primera expedición que enviaremos a Grantix. Su vida no será allí muy larga, pero sí útil. Y no espere ayuda de nadie en el lugar donde se encuentra. Las paredes que la rodean son metálicas y sólidas, a prueba de vibraciones.

»En realidad, no podía confiar mucho en usted. Un «garao» no puede confiar en un terrestre, porque pertenecemos a razas completamente distintas, sin posibilidad alguna de entendimiento...

— ¿Y por qué me tienen aquí, si no represento ningún peligro para ustedes? —osó preguntar la joven.

Algo así como una risa hiriente llegó hasta Virginia.

—Buena pregunta, en verdad —dijo «Dolk»—. ¿Qué puede temer el gigante de la hormiga? A decir verdad, nuestro proyecto no está completo aún. Faltan dos o tres semanas para que hayamos ocupado todos los puntos neurálgicos de la defensa militar terrestre. Hasta entonces, no podemos correr riesgos. Por ahora, hemos de temer una reacción del comité de defensa.

»En definitiva, usted sabe demasiadas cosas y no es conveniente que las divulgue aún. Lo mismo ocurre con su amigo, el detective Michael Staines, de quien nos estamos ocupando activamente, para neutralizarle. Confieso que hemos cometido algunos errores, pero nuestra capacidad defensiva es encomiable.

»Adiós, señorita Rethel. Ya no volveré a ocuparme más de usted. Le deseo suerte en su viaje a Grantix.

Cesó la voz y el silencio siguiente pareció ser más ominoso y denso que antes. La joven diseñadora se sentó en un rincón y escondió la cabeza entre las manos, a solas con sus pensamientos nefastos, abrumada de angustia y dudas y temiendo más por la humanidad amenazada que por sí misma.

También tuvo un pensamiento para Mike Staines, para quien había tenido un especial sentimiento de afecto, jamás sentido hacia otro hombre, y por el que se sentía íntimamente satisfecha, preguntándose por qué no le habría conocido antes o en otra circunstancia menos adversa.

De un modo u otro, su situación era desesperada. El lugar en donde se encontraba encerrada era inexpugnable e imposible el salir de allí, sin ayuda del exterior.

En su angustia, Virginia terminó por echarse al suelo y la fatiga la venció, quedando dormida y soñando una espantosa serie de pesadillas que la hicieron

despertar, de pronto, sin aliento, jadeante y pálida.

Entonces vio a un «Ser» ante ella, cubierto el rostro con la capucha-ropón, a través de la cual parecía estar mirándola, sin decir nada. Detrás de aquel personaje había un rectángulo abierto en el muro que daba a un pasillo oscuro.

— ¿Qué...? ¿Quién es usted? —preguntó Virginia, apenas sin voz, jadeante y trémula.

—Soy Jol, señorita Rethel —habló el «garao»—. No tema. Tranquilícese. Está usted terriblemente asustada y no debe estarlo. Considéreme como un amigo que pretende ayudarla.

— ¿Ayudarme? —exclamó Virginia, sorprendida.

—Sí. Yo fui el «garao», o «Ser», como dicen ustedes, que «penetré» en Michael Staines. Fui teletransmutado desde Garao para formar parte en la avanzadilla de invasión de La Tierra. Me prepararon intensamente en todo lo relativo a costumbres y lenguaje del lugar donde debía actuar. Una vez aquí, mientras esperaba ocupar mi zona de acción, me exigieron suplantar a Staines, debido a un error cometido entre «Dolk» y «Tatao». Puede que solo fuese un accidente casual, y no un acto irreflexivo por el que la «Kruma» de Garao debiera pedir cuentas al Jefe de la Guerra.

»Pero yo no estoy de acuerdo con «Dolk». Nuestro anterior caudillo, el Gran Urka, proponía relaciones amistosas y cordiales con todas las razas del universo, sean inferiores o superiores. Nosotros no somos los únicos pobladores del Cosmos infinito.

»Existen miles de civilizaciones dispersas por el espacio y no es lógica someterlas por la fuerza y esclavizarlas para que extraigan el mineral que necesitamos para sobrevivir.

—No entiendo... nada.

—No importa, señorita Rethel —siguió diciendo Jol—. He venido aquí a ayudarla y lo haré, ocurra lo que ocurra. Levántese y venga usted conmigo.

Al decir esto, Jol extendió una mano hacia ella. Virginia se levantó sin tocarla.

El otro señaló la salida.

—Sígame. Ese pasadizo conduce a la mansión del escritor Harris Noyeau —dijo.

— ¿Es el señor Noyeau uno de ustedes?

—Está «dominado» por «Komb». Al escritor se le ha enviado a una dimensión suspendida, de donde se puede volver si conviene. Eso es lo que estamos haciendo con gran número de personas.

»Yo quiero que «Dolk» fracase en su plan y la «Kruma» le destituya. Puede haber una convulsión entre nosotros, debido a que «Dolk» tiene muchos seguidores que desean ocupar altos puestos en Garao. Me arriesgo a ser descubierto y devuelto a Garao, donde mi suerte sería decidida en Consejo Especial de la «Kruma».

Virginia no daba crédito a lo que estaba oyendo. Parecía imposible que un «Ser» quisiera ayudarla, por el solo hecho de malograr los planes de «Dolk».

Pero ella quería salir de su encierro y no vaciló en seguir a Jol, quien la condujo hasta el extremo del pasadizo y allí penetró, con ella en un extraño ascensor magnético que la subió hasta una cámara iluminada en rojo.

Al poco, se abrió una puerta... ¡Y se encontró en el vestíbulo del chalet del escritor Harris Noyeau!

La luz del sol entraba por las ventanas. Aquella luminosidad maravillosa hizo parpadear a la joven, atónita.

— ¿Es posible que sea cierto? ¿No hay nadie aquí?

—No. Noyeau ha sido requerido en Nueva York por el inspector Adams. Están tratando de demostrar que Michael Staines está loco y poder encerrarle en un manicomio. Necesitan veinte días para ultimar los preparativos finales y si Staines es escuchado por las autoridades del Comité de Defensa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, puede ocurrir algo grave.

»Tanto él como el teniente Robert Gerry y la señorita Grace Fontyn están siendo neutralizados por compañeros míos que han «penetrado» en el inspector Clem Survey y en el capitán Horace Binsk.

»Deseo que usted vaya a la ciudad, a Washington, y lleve consigo una lista de las zonas de control existentes en este país. Ese es el peor golpe que puedo asestar contra «Dolk». Si desbarato sus planes, la «Kruma» le retirará su confianza.

Mientras hablaba, Jol había abierto un cajón secreto, situado en la parte lateral de un mueble, de donde extrajo algo así como una carpeta de cubiertas metálicas y brillantes.

—Esta es la clave de comunicaciones —añadió—. Llévesela, señorita Rethel. Con esto y un «comunicador» de onda ultrasensible, como este —Jol sacó de sus negras ropas un objeto idéntico al que Staines había encontrado en el bolsillo del Profesor Ruzicka—, que también puede llevarse, las veinte zonas de control del país quedarán al descubierto.

— ¿Estoy, pues, en libertad? —preguntó Virginia, sin poder creer en lo que oía.

Jol asintió con la cabeza y dijo:

—Sí. Váyase. El «truck» de Noyeau está en el garaje. Tómelo y vaya a Washington. En la Casa Blanca encontrará usted ayuda oficial. Allí no han penetrado aún mis compatriotas... ¡Vamos, dese prisa!

Virginia, con los objetos que le había dado el otro, saltó hacia la puerta. Una vez fuera, en el jardín, se volvió y gritó:

— ¿Y qué le ocurrirá a usted?

—Mi suerte no me importa. Estoy seguro de haber cumplido con un deber de lealtad.

— ¿Lealtad a quién? ¿No es esto una traición a los suyos?

—Lealtad a la memoria del Gran Urka, que fue Jefe de los «garaos». Y siempre he tenido, el presentimiento de que «Dolk» le hizo matar, en un combate sostenido en el espacio, para ocupar su puesto. Si entramos en relación cordial con este planeta, tal vez se pueda demostrar si en determinada

fecha las naves terrestres del espacio destruyeron una flotilla de nuestras naves. Si se averigua que no fueron ustedes, es seguro que «Dolk», entonces general del espacio, ordenó destruirle para ocupar su puesto.

»Ande váyase. No hable con nadie y no se entretenga. Lleva las pruebas de todo el proyecto de invasión, los nombres de los desintegrados y transmutados y los cargos que ocupan.

Virginia Rethel no tardó en estar corriendo, a gran velocidad, en dirección a la autopista Centro-Oeste, con destino a Washington, a donde llegó a media tarde, para detenerse ante un edificio de comunicaciones, encerrarse en una cabina y pedir conferencia privada con el jefe de la guardia personal del Presidente, mayor G. F. Jerry, quien, a través de la pantalla, la escuchó con suma atención.

—Muéstreme usted esa carpeta, por favor —suplicó el Mayor, cuando Virginia terminó su relato.

La joven situó la carpeta y el «micrófono» ante el ojo electrónico de la pantalla y le dio unas vueltas.

—Bien, señorita Rethel. No se mueva usted de ahí. Dentro de tres minutos pasarán a recogerla un grupo de agentes a mi servicio y la traerán aquí. ¡No salga siquiera de esa cabina y no abra a nadie! ¿Me ha comprendido?

—Sí, señor.

Las órdenes que dio G. F. Gerry se cumplieron inmediatamente. A los tres minutos justos, un helicodisco del gobierno se detuvo a unos dos metros del suelo, junto al edificio de comunicaciones. Doce agentes del servicio especial de protección del Presidente, armados con vibradores y desintegradores, rodearon las cabinas.

Virginia fue requerida para que saliera y conducida rápidamente al helicodisco, el cual se replegó antes de que el público se hubiese dado cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Y pocos minutos después, la joven diseñadora era introducida en el amplio y suntuoso despacho del Mayor G. F. Jerry, que era un hombre enérgico, autoritario y de mentalidad clara.

A solas con Virginia, aquel hombre se hizo repetir la historia de la muchacha, mientras que un aparato especial grababa el relato. Luego, con los objetos que le entregó ella y la grabación, fue a ver al mismo Presidente, no sin decir antes de salir:

—Quédese usted aquí. Mi ayudante le facilitará todo lo que necesite. Pida lo que quiera. Alimentos, ropas... Yo procuraré volver cuanto antes. Pero de este asunto no hable con nadie... ¡Ni siquiera con Henry! ¿Me ha entendido?

Henry Malcome era el secretario ayudante de G. F. Jerry.

— ¡Esto será una auténtica bomba, señorita Rethel!

El mayor salió y estuvo ausente tres horas. Regreso sin los objetos que Virginia le había entregado y parecía satisfecho consigo mismo.

—La felicito, señorita Rethel. Le cabe el honor de haber salvado a la Humanidad de un desastre apocalíptico. Los «Seres» que suplantan a nuestros

ejecutivos de la defensa nacional van a ser capturados esta misma noche y se tomarán medidas para que no puedan escapar... Aunque vamos a poner especial atención a fin de apresar también a «Dolk». En cuanto al «ser» que le facilitó estos datos, esperamos poder recompensarle de algún modo, ofreciéndole toda nuestra ayuda y protección.

CAPÍTULO VII

Mike suspiró aliviado al ver aparecer en la entrada del despacho de «Clem Survey» a su jefe de coordinación, Hugo Everell, quien venía acompañado por un alto jefe de la policía local.

Tanto el capitán «Binsk», como los inspectores Adams y «Survey» se pusieron en pie.

—El señor Everell, de la Agencia «Drupo» —presentó el jefe de policía.

—Hola, señor Everell —habló Mike—. Le agradezco que haya venido tan pronto.

—No te preocupes, Mike. Te sacaré de aquí. ¿Qué ha ocurrido?

«Survey», por su parte, habló con su superior, informándole también ampliamente:

—Creemos que el detenido ha perdido el juicio, señor. No hace más que explicar cosas absurdas, y la más asombrosa es que afirma haberme visto desaparecer en medio de una llamarada azul —«Survey» sonrió alegremente

—. Fui con él y la señorita Virginia Rethel a un lugar llamado Kret, cerca de Cove Beach. Me atacó durante el camino y me insensibilizó, recobrándome esta mañana en un garaje...

— ¡Eso es mentira! —gritó Mike—. ¡Estoy seguro de que es un «Ser» que ha suplantado al inspector Survey!

—No le haga caso, señor —intervino Horace Binsk—. En mi departamento tenemos ya un amplio informe sobre este asunto.

El más confuso del grupo parecía ser Hugo Everell, que miraba a uno y otros, sin saber por quién inclinarse.

—Perdone, Cadwell —dijo al jefe de policía—. ¿Puedo hablar a solas con Staines?

—Sí, naturalmente. Hágalo.

—Un momento —dijo Binsk—, mi sección desea que este hombre permanezca incomunicado.

—Todavía se encuentra bajo nuestra tutela, capitán —replicó el jefe de policía—. Lo siento, capitán Binsk. No hemos cerrado el caso. Falta el examen psiquiátrico.

— ¡Apelaré al Comité de Defensa, señor! —exclamó Binsk.

El jefe Cadwell hizo caso omiso a todos y permitió que Mike hablase con su jefe en un departamento separado, donde el joven detective ingeniero explicó a su jefe, sin testigos, todo lo que sucedía.

Terminó diciendo:

—Y sospecho que todos esos hombres son «garaos». Yo sé que parecerá absurdo, Everell. Increíble, si quiere. Pero no estoy loco y lo puedo probar.

—Es muy difícil creer eso, Mike. Se necesitan pruebas terminantes. Creo que estás metido en un embrollo. ¿Dónde crees que puede estar la señorita Rethel?

—Ni la más remota idea... Con ella envié al escritor Harris Noyeau. Intente localizar a ese hombre. Pero la pista más certera que tenemos está en el senador Henry Farwell, que es la persona indicada en el mensaje captado por nosotros.

»Es lógico que intente desacreditarme, ridiculizarme y anularme. Ahora no pueden correr el riesgo de hacerme desaparecer de nuevo, porque se descubrirían. Su plan está claro. Mi declaración no puede ser tenida en cuenta. ¡Pero ellos están aquí y me temen! ¡Hay que hacer algo!

Everell sacudió la cabeza.

—Mucho me temo que no podamos hacer nada por ti, Mike. Tendrás que servir de conejo de indias. Si es cierto lo que dices, y yo quisiera librarte de ellos, podrían matarte. Es mejor darles tiempo, confiarlos.

»Yo no sé si creerte o no. Pero puedo investigar y ahondar en todo lo que me has dicho. También creo que hay algo. Sin embargo, haré ver que no te creo. Eso les tranquilizará. Es lo que quieren.

Mike conocía a su jefe de coordinación. Era un hombre inteligente y sutil y sabía actuar siempre con sabiduría y prudencia...

—Está bien, señor Everell. No se preocupe mucho por mi suerte. Yo solo quiero que se conjure el peligro y la humanidad se salve, aunque a mí me cueste la vida.

Hugo Everell sonrió y puso la mano sobre el hombro de su subordinado.

—No te abandonaré, Mike. Puedes estar seguro. Ahora, volvamos al despacho de Survey y dejemos que tu anterior buena suerte siga.

Efectivamente. Regresaron a donde esperaban los otros, quienes discutían con calor y Everell dijo unas palabras al oído de Cadwell, quien sonrió.

—Sí, Hugo; eso creo yo también... Bien, joven; no se preocupe. Lo examinarán los psiquiatras y luego pasará a disposición del grupo de inteligencia especial del comité de defensa.

Horace Binsk también sonrió. Aquello significaba que Hugo Everell no había creído una palabra de Staines.

* * *

El examen de los psiquiatras fue rápido. Aquel grupo de forenses se cansó pronto de escuchar lo que consideraron chifladuras de Mike. Todos firmaron el acta pericial y uno de ellos dijo:

—Todo cuanto usted diga, señor Staines, no será tenido en cuenta. Está de suerte. No hay delito en su caso... ¡Es un irresponsable!

Le declaraban oficialmente loco. Y hasta cierto punto, pese a su enojo, aquello le convenía.

Se encogió, pues de hombros, sacó la lengua a los forenses y les dijo, muy serio:

—Gracias por su veredicto, señores. Me complace saber que la policía de Nueva York está bien asesorada. Es una tranquilidad saber que no correré ningún riesgo de ser enviado a Grantix cuando nos acogoten los «garaos». Los locos no servimos para nada.

Binsk también le hizo llevar a su departamento. Y allí, bajo pretexto de estudiar el informe policial, le encerraron en un sótano, con dos militares de vigilancia.

La intención de Binsk era tenerle allí todo el tiempo que fuese posible. Pero sus planes se torcieron, porque Mike Staines no estuvo encerrado más de seis horas.

De pronto, e inexplicablemente, cuatro agentes de la policía de seguridad del estado se presentaron en el despacho de Binsk, encañonándole con armas desintegrantes. Uno de ellos dijo:

—Quieto, Binsk. No intente nada y acompáñenos.

—Pero, ¿qué significa esto?

—Ya se lo diremos después. Si intenta algo, le desintegramos, sin remisión... ¡Tenga mucho cuidado!

Binsk fue sujetado y conducido al exterior, donde aguardaba un extraño vehículo volante. En el interior había una cabina rodeada de circuitos de condensación electrónica, y Binsk, perplejo, fue encerrado en ella, para ser

conducido a un antiguo silo de pruebas atómicas subterráneas, donde se le encerró en otra cámara, de mucho más complicada vigilancia.

Y allí fueron llegando individuos desde todas partes de América. Allí fue internado también el senador Henry Farwell, cuyas protestas no sirvieron para nada. Había jefes del comité de defensa, oficiales del ejército, técnicos de comunicaciones espaciales, etc.

Mike Staines, por su parte, fue excarcelado y conducido de nuevo al Departamento de Policía, donde parecía reinar el desconcierto más espantoso. El inspector Ernest Adams le recibió emocionadísimo.

— ¡Perdone, Staines! ¡Tenía usted más razón que un santo! ¡Han arrestado a Survey y se lo han llevado no sabemos dónde!

— ¿Qué es lo que ha ocurrido? —quiso saber Mike, estupefacto.

—No lo sé. Las órdenes vienen de Washington. El jefe Cadwell me ha echado una tremenda repulsa... ¡Son «Seres» los que están detrás de todo esto!

— ¿Ahora se entera usted? Me parece que se lo dije repetidas veces... ¿Cómo se ha averiguado? ¿Y qué dicen los sabios forenses?

—No sé cómo se ha sabido. Nadie dice nada... ¡Pero los forenses serán destituidos, se lo aseguro!

—Por mí pueden dejarlos en paz. No se han equivocado de mucho... ¿Para qué me han traído aquí?

—El jefe Cadwell irá con usted a Washington está misma noche, señor Staines.

— ¿A Washington? ¿A qué?

Adams se encogió de hombros.

— Cosas del servicio secreto.

* * *

Horas después, Mike Staines se encontraba de nuevo con Virginia Rethel, en la residencia particular, lugar fuertemente protegido, del mayor G. F. Jerry.

Al verse, ambos corrieron a su mutuo encuentro, abrazándose fuertemente.

— ¡Virginia!

— ¡Mike! Estaba muy preocupada por ti. Me habían dicho que te habían detenido y que los forenses siquiátricos te habían declarado loco —dijo ella.

—Pues, sí. Pero todo ha cambiado ahora.

El Mayor Jerry, que estaba presente, sonrió e indicó a Mike un asiento.

—Por favor, señor Staines. Le ruego que se siente. Estamos muy satisfechos de su estupenda labor. De no haber sido por usted, toda la humanidad estaría en peligro.

—Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Pueden explicármelo?

—La señorita Rethel nos trajo la lista de todos los «seres» que estaban infiltrados en los cuerpos de distintas personalidades del país. Gracias a esa relación, ha sido posible detener a todos ellos y llevarles a un antiguo pozo de experimentación termonuclear, donde un sistema de ondas de alta frecuencia impide que sean tele transportados.

»Sabemos que esos «seres» pueden escapar fácilmente y hemos tomado precauciones. Ahora, los tenemos a casi todos en nuestro poder y no pueden abandonar, ni siquiera desintegrados, el lugar de su encierro.

— ¿Todos?, ¿y «Dolk»? —quiso saber Mike.

—Es imposible saber dónde está. Tenemos, por lo que habló con la señorita Rethel, que haya salido del planeta. Al parecer, pensaba regresar a su mundo.

— ¡Si no destruimos a «Dolk» no habremos hecho nada! —exclamó Mike.

El mayor G. F. Jerry se encogió tristemente de hombros.

— ¿Sabe usted dónde se encuentra, señor Staines?

—No. Pero debe estar aún aquí, en La Tierra.

—Jol puede ayudarnos —insinuó Virginia.

— ¿Quién es Jol?

—El «garao» que te «usurpó» para arreglar el error cometido entre «Dolk» y «Tatao» —dijo ella—. Él fue quien me sacó del encierro donde me encontraba...

— ¿Y dónde está ese «garao»?

—Le traen ya hacia aquí —contestó Jerry—. Se ha puesto a nuestro servicio. No quiere que hagamos daño a sus coterráneos y solo desea aniquilar a «Dolk», al que considera el causante de todos los males.

«Nosotros, naturalmente, hemos de obtener el mejor partido posible de esa situación. Con la ayuda de Jol, conjuraremos el peligro de la invasión.

Mike fue puesto al corriente de cuanto había sucedido. Esto le tranquilizó en extremo. Ahora, las autoridades federales habían intervenido y su gestión sirvió para desarticular toda la red de «garaos» infiltrados en La Tierra.

— ¡Me parece increíble! —exclamó, radiante—. He pasado por momentos de verdadera angustia. Es preciso reconocer que ellos poseen una técnica más avanzada que la nuestra. Con seguridad, si no recibimos ayuda, hubieran conseguido su propósito.

El mayor Jerry fue requerido por un agente especial, quien le informó de la llegada de un helicodisco, procedente del este.

— ¡Al fin! —exclamó el mayor—. Aquí tenemos a Jol. Voy a ver, por vez primera, a un «garao».

Efectivamente, rodeado de una escolta de agentes armados, la extraña figura encapuchada de Jol hizo su entrada en el salón. El mayor Jerry contempló al extraterrestre, de la cabeza a los pies y preguntó:

— ¿Por qué se cubren así?

—Para protegemos de los gérmenes que infectan esta atmósfera —dijo Jol, sin moverse.

—Pero, ¿no son seres metálicos?

—No. Poseemos una constitución inorgánica y viva. Nos parecemos algo a ustedes morfológicamente. Tenemos extremidades como ustedes, pies y brazos, pero la sustancia de que estamos hechos no es la misma que ustedes.

— ¿Y hablan? ¿Y piensan? ¿Y se alimentan?

—Hace años que estudiamos a los moradores de La Tierra. Hemos realizado numerosas incursiones secretas, e incluso nos hemos llevado a semejantes suyos, para investigarlos. Los conocimientos astronáuticos adquiridos por ustedes últimamente nos obligaron a intentar la destrucción de sus naves espaciales. La «Kruma» de Garao estimó que podían ser ustedes un peligro para nosotros, que somos muchos menos en número y que apenas si podemos reproducirnos ya.

«Nuestra raza está en decadencia. Hemos vivido demasiado y evolucionado totalmente. Yo soy de los que estiman que el poderío «garao» está en declive. Otros estiman lo contrario y creen que obteniendo esclavos para que extraigan nuestro alimento de Grantix y Dermos, podríamos seguir existiendo algunos cientos de miles de años.

«Pero el destino de los pueblos es como el de las gentes. Una vez cumplido, se inicia la descomposición. Al no ser útil, no hay necesidad de vivir.

— ¿Y por qué luchan los otros? —indagó Mike.

—Están inducidos por «Dolk», que es un fanático, al que la «Kruma» ha confiado el mando de nuestro Ejército. Antes, el jefe era el Gran Urka, pero sospecho que «Dolk» lo hizo eliminar, desintegrándolo en el espacio, a fin de achacar su muerte a las naves terrestres y provocar la indignación entre nuestros coterráneos, cosa que ha conseguido plenamente.

— ¿Dónde puede estar «Dolk» ahora? —preguntó Jerry.

—No lo sé. En cualquier parte, quizás fuera de La Tierra.

— ¿Cómo entran y salen de aquí?

—Por medio de la teleportación electromagnética. No lo entenderían. Son fuerzas desintegradoras que trasladan la materia a la velocidad de la luz, sin alteraciones de ninguna clase. Nuestras centrales teleportadoras de Garao nos trasladan como son capaces, también, de transportar a cualquiera de ustedes.

— ¡Inverosímil! —exclamó G. F. Jerry.

—Sin embargo, «Dolk» debe estar en alguna parte, aquí o en Garao. Y las naves terrestres pueden llegar a nuestro mundo en seis meses.

— ¿Tan próximos están de nosotros? —se sorprendió Jerry.

—Sí. Mi sugerencia es que una expedición terrestre se dirija a Garao y pida entablar conversaciones de paz con la «Kruma». Ustedes podrán demostrar que fue «Dolk» quien hizo destruir al Gran Urka, si se comparan las fechas de la muerte de nuestro anterior jefe militar.

»El garao que empuña el Cetro de la Sabiduría, y que dirige la «Kruma», es comprensivo y justo. La verdad le hará estrechar lazos de paz con La Tierra y ordenar el arresto y desintegración definitiva de «Dolk», a quien...

Jol se detuvo y de su capucha-ropón extrajo un micrófono ultrasensible, como el que ya conocía Mike.

— ¡«Dolk» se dirige a mí! —exclamó—. Ustedes no pueden captar el sonido, por estar situado en un campo de onda que no captan sus oídos... Yo les informaré.

Jol estuvo unos minutos inmóvil, sin mover ni un pliegue de su oscura ropa. Mike, Virginia y el mayor Gerry estaban pendientes de él, como si quisieran escuchar la extraña conversación que el «garao» sostenía con el ser al que buscaban por todas partes.

La conversación duró unos diez minutos, transcurridos los cuales, Jol se guardó el micrófono entre sus ropas y habló, en inglés, diciendo:

—«Dolk» ha huido a los altos espacios. Me ordena que vaya a entregarme o seré teleportado. Dice que los técnicos de Garao encontrarán pronto el medio de anular las ondas electromagnéticas con que protegen ustedes a los prisioneros, y los rescatarán. Acto seguido, les enviará su ultimátum y si no lo aceptan, destruirá este planeta con diez proyectiles de «kogul», cuya potencia es mil veces mayor que la obtenida por fisión termonuclear.

— ¿Destruirnos? —exclamó Jerry—. ¿Puede hacerlo?

—Me temo que sí. Pero esa solución, desesperada para «Dolk», es mejor que la esclavitud de todos ustedes.

— ¡No podemos aceptar ese exterminio! —gritó Mike, poniéndose en pie —. Hay que salir al encuentro de la flota espacial de «Dolk» y destruirla. Nuestras naves están capacitadas para luchar y han demostrado que pueden hacerlo e incluso vencer.

»Hemos conjurado el peligro que teníamos dentro del planeta. Ahora hemos de atacar antes que lo hagan ellos. Sabemos que «Dolk» no es el jefe absoluto de los «garaos».

»Debemos contrarrestar la acción de ese loco exterminador. Una fuerte expedición puede dirigirse hacia las naves «garaos», mientras que una nave súper-gigante, con emisarios, puede dirigirse a Garao. Tú puedes venir con nosotros, Jol. El que empuña el Cetro de la Sabiduría nos escuchará. Debe existir una solución pacífica.

—«Dolk» está furioso, y sabe que se encuentra en peligro —replicó Jol—. Hará algo irreparable... Escuche, mayor Jerry. El Comité de Defensa del Consejo de Seguridad de las O.N.U. tiene que acordar un arreglo con la «Kruma» de Garao.

»Hay una solución que mis compatriotas aceptarán de buen grado. Nosotros solo queremos mano de obra para extraer el elemento vital que necesitamos. Se pensaba enviar cien mil esclavos cada mes a Grantix y Dermos, y tenerlos allí hasta que murieran, porque la atmósfera y el clima son altamente corrosivos.

»Pero hay una solución humana y factible. Se pueden enviar a esos trabajadores y tenerlos allí un tiempo prudencial, lo que no les perjudicaría en absoluto. Nosotros no podemos ir a esos lugares, ni siquiera con protección especial. El alimento necesario para salvar la vida a un garao, costaría diez o doce vidas. En cambio, ustedes, según hemos analizado, pueden sobrevivir fácilmente unos meses.

»A cambio de esa ayuda laboral, nosotros les proporcionaríamos ayuda técnica y científica de alto valor, y podríamos formar un acercamiento político

entre nuestras respectivas razas. Cuando nosotros desaparezcamos, ustedes heredarían todos nuestros conocimientos.

La propuesta de Jol era digna de estudio y G. F. Jerry tomó buena cuenta de ella, para someterla a la consideración, primero, del Presidente de los Estados Unidos, y luego a los representantes de las Naciones Unidas. Después dijo:

—Esa proposición suya me parece sensata, Jol. Y creo que será aceptada. Nosotros somos una raza en constante crecimiento. La Tierra se nos hace pequeña. Estudiaremos las condiciones ambientales existentes en esos mundos, de donde extraen ustedes el alimento vital, y buscaremos el modo más justo y adecuado para compensarles.

—Yo necesitaré protección especial —insistió Jol—. No es que tema a «Dolk», pero volcará sobre mí su poder, que no es poco, como jefe del ejército, e intentará destruirme.

—Esta misma noche quedará usted protegido por una cortina de radiaciones electromagnéticas —aseguro Gerry.

Así se hizo. El jefe del servicio de Protección del Presidente ordenó que tanto Jol como Mike y Virginia fuesen vigilados y protegidos estrechamente, mientras él se entrevistaba con el alto magistrado de la nación. Se realizaron varias consultas con embajadores y jefes de gobiernos extranjeros y la cuestión de los «Seres» pasó a manos de la diplomacia internacional.

En un consejo de urgencia del comité de defensa se acordó contrarrestar la amenaza de «Dolk», y para ello se envió una inmensa flota de naves espaciales hacia donde, según informes de Jol, debía encontrarse orbitando la flota «garao», inferior en número, pero bien pertrechada.

Los medios de detección de las naves terrestres eran temibles. El radar ultraprofundo sondeaba el espacio y localizaba hasta los más insignificantes meteoritos.

La flota de «Dolk» fue obligada a retirarse al hiperespacio, de lo contrario habría sido destruida. Y, por otra parte, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, acordó aceptar la propuesta del Delegado norteamericano, a fin de enviar una nave supergigante hacia Garao, como embajadora de paz.

Y entre los tripulantes, iban Virginia Rethel, Mike Staines y un hombre encapuchado, al que nadie había visto la cara, llamado Jol.

El viaje a Garao habría de durar seis meses...

CAPÍTULO VIII

Michael Staines y Virginia Rethel se casaron abordo de la supernave «Marwy», cuando llevaban una semana de vuelo. El capitán, comandante Irish Newly, ofició la ceremonia, dado que entre los ochenta tripulantes no existía ningún sacerdote.

Como invitado de excepción asistió Jol, envuelto en sus ropas negras, que le protegían de la atmósfera artificial del navío, sideral.

La boda de ambos jóvenes fue lo más trascendental ocurrido durante el trayecto, en el que un equipo técnico conversaba continuamente con Jol, haciéndole infinidad de preguntas de las costumbres y usos de los «garaos».

—Nosotros éramos una poderosa raza —decía Jol—. Hace siglos, miles de siglos según la cuenta de ustedes, que ya vivíamos en Garao, regidos por una junta política.

»En esencia, somos como de carne y hueso. Nos reproducimos de un modo natural, por medio de la fecundación materna, para lo que tenemos órganos genéticos, distintos a los de ustedes, pero que realizan la misma función.

»En realidad, debo aclarar que lo realizaban, porque ya hace muchas generaciones que apenas si se da algún esporádico nacimiento. Calculen la alegría que esto produce en nuestra raza.

«Tenemos una vida aproximada de ciento noventa años terrestres y yo tengo ochenta y dos, o sea que aún no he llegado a la plenitud de mi existencia. Soy experto en sicología exobiológica y me he especializado en el estudio de la biología terrestre. De ahí que conozca tanto a sus semejantes. En Garao tenemos seres secuestrados en La Tierra hace años, cuando eran niños, y también mayores, que nos han enseñado las costumbres de ustedes. Se les trata bien y gozan de relativa libertad.

»Somos algo más de un millón de «garaos» y para dentro de ciento cincuenta años, hemos calculado que solo quedarán unos cincuenta mil. Está claro, pues, que nuestra raza se extingue. Esto es debido a una degeneración lenta y continuada cuyo origen no hemos podido descubrir, pese a que el ochenta por ciento de nosotros están dedicados a investigar ese fenómeno.

»La teoría más extendida es que se nos ha acabado la vida natural. Fuimos creados para cumplir una misión cosmogónica y, al cumplirse el objetivo, nuestra raza no tiene razón de ser. Pretendemos, sin embargo, aferrarnos a la existencia, para continuar una vida que carece ya de sentido. No es que

hayamos logrado la perfección, puesto que eso es imposible. Pero agotamos el alimento natural de nuestro mundo y ha sido preciso ir a buscarlo a otros.

«Necesitamos una substancia parecida al carbono férrico. De ahí que nuestra constitución sea tan rígida, lo que no nos impide movernos con facilidad. Pero consumimos excesivas energías. Ustedes son más ligeros y en su composición químico-orgánica interviene el hidrógeno y otros elementos.

»Son más débiles que nosotros, es cierto, y de longevidad más breve. Pero se pueden reproducir con mayor facilidad. El ambiente en que viven les sigue siendo favorable y aún no han alcanzado un desarrollo pleno. Una raza puede compararse a un ser. Ustedes, la Humanidad, están en la adolescencia, y se puede esperar que realicen todavía muchas grandezas.

»Debe estar dispuesto que, en la madurez, las razas del universo que han vivido separadas entren en relación, y las viejas leguen a las jóvenes sus hallazgos. Yo comparto esta teoría porque creo adivinar en todo esto un designio divino.

»Con nuestros conocimientos, ustedes pueden ponerse en pocos años a nuestro nivel técnico, y llegarán a sobrepasamos en todo antes de que hayan transcurrido tres generaciones. A eso se llama progreso evolutivo.

«Naturalmente, existen accidentes que pueden provocar hecatombes fatales, como la guerra que pretende sostener el ambicioso «Dolk», en contra de todo principio ético y legal. Si los planes del genocida se realizasen, la humanidad podría desaparecer íntegramente y el objetivo fijado para cubrir esta raza de ustedes, que ignoramos cuál es, no se cumpliría.

—Confiemos que esos proyectos no se realicen —observó uno de los científicos que asistía a la reunión en torno a Jol.

—Espero y confío del mismo modo que usted.

— ¿Cómo viven en Carao?

—Hemos perfeccionado una arquitectura funcional. Como allí no existe la familia, puesto que todos vivimos individualmente tenemos relación con quien nos place, a cada individuo le corresponde un albergue o habitáculo, que se hace construir a su gusto. Por eso los edificios son dispares. Los hay bajo tierra, en el suelo, en el aire y hasta en el agua, aunque nuestro mundo líquido no es como el de ustedes. Si bebieran nuestra agua les parecería ácido corrosivo. Nuestra atmósfera es irrespirable para sus pulmones y habrán de llevar siempre puesto el traje de vacío.

»Nuestros vehículos son aéreos, tipo bólido, por llamarle de algún modo, pero no es sorprendente ver a mis coterráneos moviéndose en el aire, contra toda ley de gravedad, debido a unos sustentadores anti-gravitacionales, que nos permiten desplazarnos rápidamente de un lugar a otro.

»Todo Garao está edificado. El planeta es un enorme pueblo, pero la mayor parte está deshabitado. El centro, donde se encuentra la «Kruma», es algo así como un curioso jardín suspendido en el aire, de raras flores, y digo raras para ustedes, puesto que para mí no lo son.

»El presidente de la «Kruma», que significa junta de preclaros, es el que

posee el Cetro de la Sabiduría, o sea el más anciano de todos los «garaos», un hombre de doscientos once años, cuya vitalidad parece inextinguible.

»Se trata de un antiguo médico, llamado Geek, cuya sensatez es proverbial en Garao. Estoy seguro de que se entenderán perfectamente con él. Aprecia mucho a todos los seres de otras razas que tenemos en Garao, y en especial la raza de ustedes, porque confía en que sea la que sobreviva más tiempo. Ha visto cómo se reproducen ustedes y ha analizado su metabolismo y morfología, disertando ampliamente sobre las excelentes condiciones de los terrestres para reproducirse e ir ocupando lentamente los mundos del universo.

»En realidad, más que un político, Geek es un científico...

* * *

— ¡Capitán Newly, hemos detectado una flotilla de espacionaves en la posición 45-18, 23-60! ¡Y se acercan rápidamente hacia nosotros!

El comandante de la «Marwy» se volvió raudo y gritó:

— ¡Acción evasiva! ¡Deben ser naves enemigas!

A bordo de la supernave se dio la alarma y todo el que no tenía destino de combate hubo de refugiarse en su cabina. Esto hicieron Mike y Virginia. Ambos parecían asustados al cerrar la compuerta.

— ¿Qué va a pasar? —preguntó ella.

—Hace días que esperaba algo así. «Dolk» intentará impedir que lleguemos a Garao.

En aquel instante zumbó el interfonovisor. Era Jol quien llamaba.

—Vienen por mí —dijo el «garao»—. Pero no los temo. Más bien estoy preocupado por ustedes.

— ¿Puede comunicar con ellos, Jol? —preguntó Mike.

—Sí.

—Hágalo inmediatamente. Trate de convencerlos de que somos una misión pacífica y que no pensamos causarles ningún daño. Queremos escolta hasta «Garao», donde nos someteremos a la consideración de la «Kruma».

—«Dolk» hará caso omiso de ello.

—Puede que sea solo una escuadrilla enviada por «Dolk». Su jefe puede pensar como usted y... No sé, tengo el presentimiento de que podríamos conseguir algo.

—Lo intentaré —respondió Jol.

Efectivamente, Jol realizó una llamada, utilizando el micrófono ultrasensible. Y sostuvo una conversación altamente interesante con un coterráneo suyo, llamado Ugge, enviado especial de «Dolk».

La conversación se cifró, aproximadamente, en los siguientes términos:

—Jol, de Selea, llama al jefe de la flotilla «garao» que ataca a nave terrestre con destino a Garao.

—Aquí Ugge, jefe de la décima flota especial de rastreo y vigilancia, a las órdenes del jefe «Dolk». ¿Qué tiene que decirme un traidor a su raza como

Jol?

—Algo importante, Ugge —dijo Jol—. Esta nave terrestre lleva una misión a Garao de buena voluntad. Los hombres de La Tierra no quieren guerra con nosotros. Quien la desea es «Dolk», bajo pretexto de obtener esclavos para Dermos y Grantix. Muchos buenos «garaos» han muerto en esta insensata lucha. Otros han sido capturados y posiblemente serán exterminados también.

»Ellos serán más primitivos que nosotros, pero su número es mayor y se reproducen con facilidad. Hemos de considerar estos aspectos. También hemos de tener en cuenta que «Dolk» ha obrado por ambición personal, valiéndose del delito y el asesinato. Tengo pruebas, que pretendo presentar ante la «Kruma», de que «Dolk» hizo matar al Gran Urka para convertirse en jefe del ejército y llegar a ser el dictador de Garao.

»Él puede haberme declarado traidor, pero yo he actuado en justicia y razón, y voy a someterme a la justicia de Geek, quien posee el Cetro de la Sabiduría.

—Son las tuyas unas palabras extrañas, Jol —contestó Ugge, a través del espacio—. Y no coinciden con las órdenes que me ha dado el Jefe de la Guerra, contra el que no puedo rebelarme como tú lo has hecho.

—No te pido que le desobedezcas, Ugge. ¿Qué órdenes te ha dado?

—La de interceptaros y destruiros.

—Puedes alegar que nos entregamos y te evitas destruirnos. La «Kruma» debe saber todo lo que ha hecho «Dolk» en La Tierra. Dame esa oportunidad, Ugge. Yo no soy mejor ni peor que tú. Creo haber actuado dignamente y me atengo a las consecuencias, puesto que si Geek cree que he sido un traidor, seré castigado por la justicia. No te hagas cómplice involuntario de «Dolk».

—Me haces dudar, Jol. No hay duda que eres un «garao». Tu lenguaje es juicioso... Aguarda, Jol; convocaré una junta de oficiales. Incluso, puedo comunicar con Garao. Pero lo hago desobedeciendo las órdenes de «Dolk».

—Hazlo, Ugge. Sé que no te arrepentirás.

Mientras la flotilla se acercaba a su presa, y el comandante Irish Newly intentaba escabullirse, Jol habló de nuevo con Mike, quien, a su vez, conversó con Irish Newly.

— ¿Qué posibilidades tenemos de escapar, capitán?

—Hay bastantes. He ordenado dar toda la presión a las toberas. Podemos correr más que ellos, e incluso lanzarles algunas granadas atómicas que sacudan sus órbitas. Pero son más que nosotros.

— ¿Qué le parece si aceptamos la propuesta de Jol?

—Es confiar demasiado. Se nos acercarían y podrían destruirnos sin previo aviso.

—Les exigiremos respeten una distancia prudencial. Señálela usted mismo, comandante.

—Cero coma, tres ceros dos unidades astronómicas, por ejemplo —señaló Newly.

Mike, siempre a través del interfenovisor, comunicó con Jol, y este lo hizo con Ugge. Y el resultado de aquellas deliberaciones fue que la distancia quedaba reducida a un disparo de rayo cósmico y que los «garaos» no dispararían siempre que la «Marwy» se mantuviera en ruta hacia Garao.

—Sincronizaremos las velocidades —dijo Ugge—. Si intentamos disparar, podéis escapar al primer ataque. Pero, si os desviáis, os cortaremos el paso. La ruta será inflexible. Hacia Garao, donde tomaréis tierra para someterse a la justicia de la «Kruma».

— ¡De acuerdo, Ugge! —replicó Jol—. No te arrepentirás de ese acuerdo sensato. Cuando yo demuestre que «Dolk» hizo matar a Urka, serás respetado como juicioso y digno.

—Espero no tener que arrepentirme. Uno de mis oficiales te conoce, Jol. Y me ha dicho que eres un hombre sensato e inteligente.

—Por tal me tengo. Me indigna la traición, y «Dolk» es traidor a todos nosotros, mientras que yo solo lo he sido hacia él.

La gestión de Jol había dado resultado, aunque el comandante Newly adoptó las medidas pertinentes para evitar caer en una encerrona que podía ser mortal. A las dos horas, sin embargo, se pudo comprobar que la flotilla de naves «garaos» se mantenían en la posición indicada y se respetaba el acuerdo.

Esto se consideró, a bordo de la «Marwy», como una victoria contra las espacionaves «garaos».

—Debo felicitarle, Staines —dijo Irish Newly a Mike, al encontrarle, poco después, en la cabina de oficiales—. La gestión realizada por Jol e inducida por usted, ha dado resultado. Seguimos normalmente la órbita señalada.

Virginia, que también estaba presente, sonrió al comandante, y dijo:

—No hay duda alguna de que nos asiste la razón. Y ni siquiera el jefe de esa flotilla «garao» puede discutirlo.

—Es cierto —admitió Newly—. Sin embargo, no estoy tranquilo. Todavía nos falta mucho para llegar a Garao y «Dolk» no cejará en su empeño. Ese sujeto, a mi modo de ver, se juega el prestigio. ¿Que ha dicho Jol acerca de los castigos que merecen los traidores de su mundo?

—Desintegración absoluta con dispersión total de moléculas atómicas. Algo así como fragmentar un cuerpo en millones de partículas y lanzarlas al cosmos, sin medio alguno para poder ser reunidas después.

— ¡Vaya! —se sorprendió Newly—. Es una muerte un poco reluctante.

* * *

El viaje continuó sin incidencias durante veintidós días más. A bordo de la espacionave terrestre, la vida transcurría con entera normalidad, y los informes que recibía el comandante periódicamente indicaban que la flotilla mandada por el comandante Ugge se mantenía siempre dentro de los límites fijados de distancia.

La vida a bordo era monótona, pero se sobrellevaba. Mike y Virginia

conversaban frecuentemente con Jol y hasta llegaron a captar los sonidos ultrasónicos del «garao», valiéndose de un curioso amplificador de onda ultracorta, construido por el propio Mike en el laboratorio de la espacionave.

Luego, Jol les fue explicando el significado de los sonidos y el extraño, pero lógico lenguaje de los «garaos» empezó a perder su misterio para los terrestres.

—Mis conocimientos no son precisamente la electrónica —dijo Jol, en una ocasión—. Pero me admiro de lo que sois capaces de hacer. Sois sorprendentes los humanos. Vuestra capacidad de adaptación es maravillosa... ¡Y reconozco, además, que no estáis tan atrasados como creí al principio!

Mike sonrió.

—Desde el principio de nuestra historia, el hombre ha luchado con denuedo para emanciparse de la naturaleza. Todavía no hemos logrado desarraigar viejas supersticiones, como son las de creer en la astrología, en duendes y fantasmas. Pero, la verdad, es que nos gusta creer en eso, gracias al sentido poético de nuestra raza.

»Todo ser humano es soñador. Necesita de la ilusión y la esperanza, aunque esta sea irrealizable, como es el soñar absurdos, para sentirse con ánimos para soportar la existencia.

»Si analizamos vuestras vidas y las nuestras, veremos el lado físico y lógico. Nacer, vivir y morir. Es la ley básica de nuestra rutinaria existencia. Y para eludir ese concepto frío y desagradable de la existencia, poetizamos y convertimos en arte todo lo que nos rodea.

—Eso es lo más asombroso. Yo lo he visto en Garao el Centro de Estudios Exobiológicos y he comprobado que, semejantes vuestros que viven allí como conejos de indias, se ríen, bailan y cantan. No son más que esclavos, seres destinados a ensayo y análisis. De vez en cuando, naturalmente, añoran su planeta, especialmente los mayores. Pero pronto reaccionan y se comportan con naturalidad.

— ¿Cuántos terrestres hay allí? —quiso saber Virginia.

—Unos veinte. Murieron cincuenta y nueve en experiencias y accidentes, de ellos, quince en Grantix y Dermos, donde fueron enviados para observar su adaptación ambiental.

—Exigiré que ese infortunado grupo sea devuelto inmediatamente a La Tierra —dijo Staines, muy serio.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Yo te apoyaré en todo. Hemos de establecer vínculos de estrecha colaboración. La «Kruma» aceptará a vuestra raza como seres inteligentes y vuestro desarrollo técnico será ampliado, a cambio, naturalmente, de un justo préstamo de mano de obra.

Staines ya había hablado con Jol en diferentes ocasiones de aquel delicado aspecto. Otros científicos de la espacionave también estudiaron el caso. La delegación, empero, no podía acordar nada hasta que no llegasen a «Garao».

En principio, y según Jol, los «garaos» necesitaban ayuda para extraer la sustancia vital de Grantix y Dermos. Staines y la comisión encargada de

conferenciar con la «Kruma», tenían órdenes de regatear lo más posible.

Según Jol, si los terrestres permanecían dos meses en Grantix, no sufrirían el menor daño. Más de seis meses, su muerte era segura. Pero Staines y la comisión técnica del «Marwy» pretendía que la ayuda terrestre a los «garaos» fuese solo de veinte días. Y el transporte, así como los demás gastos del viaje, corriera a cuenta de los «garaos».

—Escucha, Jol —dijo Mike—. Nosotros somos muchos millones de seres y podemos prestaros esa ayuda. Cien mil hombres cada veinte días es suficiente.

—Nos representaría un enorme gasto —dijo Jol—. Es preciso llevar a Grantix y Dermos alimentos y agua para todos esos hombres.

— ¿Y no es posible crear una colonia-base, cerca de esos planetas?

—Lo ignoro. Puede estudiarse. Con sinceridad, creo que estamos haciendo castillos en el aire. Es Geek y la «Kruma» los que...

Una ululante sirena pareció sacudir todos los rincones de la espacionave.

— ¡Alarma! —gritaron todos, poniéndose rápidamente en pie y corriendo hacia sus puestos.

Mike voló hacia su cabina, donde encontró a Virginia poniéndose el traje de vacío. El altavoz interior estaba diciendo:

—Una numerosa flota enemiga está luchando contra la flotilla del comandante Ugge. Vamos a aprovechar la oportunidad para intentar alejarnos.

A través del interfonovisor, una llamada de Jol a Mike sonó como un chasquido.

— ¡Mike! Convenza al comandante Newly para que no huya. Si Ugge es eliminado, nosotros lo seremos después también.

— ¿Qué quiere decir, Jol? —preguntó Mike.

—Esta nave está equipada para el combate. Podemos ayudar a Ugge. Nos lo jugamos todo. Es «Dolk» quien ataca a Ugge, con un número muy superior de naves. Su plan es simple. Destruir al rebelde y luego aniquilarlos a nosotros e impedirnos llegar a Garao.

— ¡Jol tiene razón, Mike! —intervino Virginia—. «Dolk» vencerá a Ugge y luego vendrá por nosotros, sin piedad.

— ¿Y qué puede hacer una nave contra un flota «garao»?

— ¡Podemos decidir la lucha! ¡Por vuestro Dios, Mike! ¡Díselo al comandante!

Mike no perdió el tiempo. Logró ponerse al habla con el comandante Newly y le expuso las razones de Jol.

— ¡Es una temeridad, Staines! —replicó el comandante—. La flotilla de Ugge está siendo atacada por doscientas naves «garaos». Están perdidos de antemano, y lo mismo nos ocurrirá a nosotros si nos mezclamos en la lucha. Es preferible intentar la huida.

— ¡No! ¡Ugge se ha puesto a nuestro lado! ¡Realice una maniobra envolvente y corte el ataque de «Dolk» con rayos cósmicos!

Irish Newly no pareció decidirse. Tenía la responsabilidad de una

supernave, así como la de llevar a Garao a una importante comisión.

—Si no lo hace, no iremos a ninguna parte, Newly. ¡«Dolk» destruirá primero a las naves de Ugge, y luego se lanzará sobre nosotros! —insistió Mike.

Al fin, Newly celebró un rápido consejo de mando. Y con veinte por ciento de votos a favor, se decidió intervenir en la lucha contra «Dolk» y ayudar a las naves capitaneadas por la de Ugge.

Inmediatamente, la «Marwy» maniobró en el espacio, aprestándose al combate contra una fuerza infinitamente superior... ¡La lucha iba a ser a muerte!

CAPÍTULO IX

Una batalla espacial es algo pavoroso y sobrecogedor para los hombres que intervienen en ella. Todos, sin excepción, están pendientes de la granada desintegrante, el rayo pulverizador o la explosión atómica que los ha de convertir en material impalpable y ceniciento.

Nadie puede ver al enemigo. Se está como en un pozo, en el fondo, esperando, en tensión, que caigan encima las miles de toneladas explosivas que le han de convertir en ceniza.

Son técnicos, seres agarrotados por la tensión, rostros inexpresivos y demudados, que miran como sin ver, aferrados a los mandos que les han asignado, para que las máquinas no cesen de funcionar y cumplir un cometido que puede ser la vida o la muerte.

Todo depende de un hombre, un ser humano, responsable final de una cadena de hombres, obedientes y dóciles, que deben ejecutar las órdenes

transmitidas desde el puente sin la menor vacilación.

El jefe era Irish Newly. La dotación bélica del «Marwy» eran los eslabones de la cadena. Si fallaba un solo hombre, si un gesto o movimiento se hacía con una décima de retraso, o las máquinas no funcionaban a su debido tiempo, el fin de todos era espantoso.

Y Mike Staines lo sabía, por haberse adiestrado en la milicia años atrás.

Estaban en guerra. El enemigo atacaba. Ellos iban a defenderse, contraatacando. El resultado final, por lo tanto, era imprevisible. Vivir o morir.

—No temas, Virginia —musitó Mike, abrazado a su esposa—. El corazón me dice que nuestra aventura no puede terminar mal. El comandante Newly es eficiente y hábil y nos sacará del apuro.

Virginia Rethel sonrió con naturalidad.

—No temo nada, amor mío —musitó, con voz tranquila—. Estoy contigo y la muerte no me asusta. Hemos pasado juntos demasiados peligros ya. Sentiría, sin embargo, que nuestra misión no pudiera realizarse.

—Gracias, Virginia. Verás como todo termina bien.

Callaron. Ni el más leve sonido llegaba hasta ellos.

Las armas de la nave, empero, estaban preparadas. En los distintos departamentos de la superespacionave, Mike sabía que numerosos hombres actuaban y aguardaban el momento oportuno.

Todo sería endiabladamente rápido. Newly oprimiría un botón y los cañones atómicos entrarían en acción. Unos segundos después, la lucha habría terminado.

El único inconveniente, el terrible y angustioso, lera que las armas enemigas entrasen en acción una décima de segundo antes que las del «Marwy». En tal caso, el fin sería fulminante.

Ni siquiera se darían cuenta y pasarían de la luz a la oscuridad eterna sin transición, sin dolor, sin darse cuenta.

Por esto, los segundos que iban transcurriendo, mientras la superespacionave surcaba el espacio infinito, parecían siglos. Y hasta hubo alguien que se descompuso físicamente, esperando el instante fatal.

Todo estaba previsto, empero. Los puestos de mayor responsabilidad estaban ocupados por varios hombres. Uno podía fallar, pero no todos. En la décima de segundo decisivo, si Irish Newly ordenaba disparar o pulsaba él mismo el disparador, el engranaje bélico no podía fallar.

Y no falló.

De pronto, Mike y Virginia escucharon un estremecimiento en la nave. Luego, un rugido tronitoso les envolvió. Ambos cerraron instintivamente los ojos.

— ¡Estamos disparando! —gritó Mike.

Aún transcurrieron varios segundos. Y, de pronto, la gran noticia retumbó en todos los departamentos, retumbando en amplificadores y altavoces.

— ¡Victoria!

Mike abrazó convulsivamente a su esposa. No sabía si llorar o reír, o si echarse al suelo y aporrearlo con pies y manos, para evadirse así de la angustiosa tensión sufrida.

Abrazó fuertemente a Virginia y esperó las siguientes noticias.

—Hemos destruido cincuenta naves enemigas... La flotilla del comandante Ugge está batiéndose con un ala adversaria, en igualdad de condiciones. El grueso de las fuerzas de los «Seres», ganadas por nuestra fulminante acción, ha sido desintegrada.

Era el segundo oficial del «Marwy» quien informaba, a medida que se recibían notificaciones.

— ¡Algunas naves huyen a la desbandada! ¡Suponemos que la nave capitana ha sido destruida!

— ¡«Dolk» ha desaparecido! —gritó Mike, corriendo hacia el interfonovisor, para llamar a Jol.

No pudo, empero, hablar con él. Se le comunicó que estaba en radiocomunicaciones con el ingeniero oficial, intentando establecer contacto con los beligerantes.

Por esto, y contraviniendo las órdenes de abordo, Mike abandonó su cabina, para ir a dónde estaba Jol, a quien encontró sentado en una butaca, con su micrófono ultrasensible, dialogando silenciosamente con sus coterráneos.

— ¡Jol! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Mike.

El «garao» no le hizo caso y continuó impasible. Mike le tocó, le zarandeó, ganándose una airada protesta del jefe de comunicaciones, quien pretendió hacerle volver a su cabina.

Jol terminó entonces su conversación y se movió, poniéndose en pie y hablando en inglés.

—Señores, «Dolk» ha muerto —dijo solemnemente—. Lamento darles esta noticia, porqué han perecido diez mil semejantes míos.

—Lo siento, Jol —habló Mike, gravemente—. Lo siento de corazón.

—Era inevitable. Hasta el momento, la astucia de los terrícolas ha podido con nosotros. Somos una raza destinada a desaparecer. Está escrito... ¡Pobres «garaos»! ¡Si tenéis espíritu, sed bien acogidos y recibidos en el más allá!

* * *

Poco después se conocieron más detalles sobre la fugaz contienda.

El propio Irish Newly explicó lo que había sucedido, a través de los amplificadores de abordo:

—Jol se puso en contacto con el comandante Ugge, aconsejándole retirarse y abrirse en campo de batalla espacial, para atraer hacia sí la primera oleada de naves enemigas. Fue una táctica astuta, porque nosotros estábamos aparentando huir.

“Dolk” ordenó primero atacar a Ugge y destruirle, en varias oleadas de ataque. Pensaban alcanzarnos después. Pero nosotros solo cambiamos de posición, recurriendo a un repliegue estratégico, que nos situó a la popa del

núcleo mayor del enemigo. Cuando ellos se dieron cuenta de nuestra presencia en punto tan certero, ya era tarde para reaccionar. Nuestros cañones entraron en acción y se produjo la hecatombe.

»La mayor parte de la flota de «Dolk» ha sido desmaterializada por nuestras baterías cósmicas y atómicas, que han entrado en fuego simultáneamente.

Había sido una táctica acertada. La supernave terrestre iba convenientemente equipada para la guerra espacial. Su poder era como el de seis u ocho naves «garaos», y su acción quedó demostrada eficazmente, como se había demostrado en otras ocasiones anteriores.

Pocas horas después, el comandante Ugge comunicaba haber perdido tres naves y destruido diez.

—Continuamos rumbo a Carao —terminó diciendo Ugge.

Irish Newly, en honor a Jol, no quiso celebrar a bordo aquella victoria. Se debía cierto respeto a los «garaos» desaparecidos. Y la vida transcurrió a bordo del «Marwy» con la misma monotonía de siempre.

Los días, en el espacio apenas si pueden contarse. Se fueron sucediendo lentamente, semana tras semana. Y, al fin, los indicadores informaron que se estaban acercando a su destino.

En las pequeñas pantallas de fonovisión interior, Newly proyectó una imagen del mundo negro que flotaba en el espacio, apenas sin relieve, como una sombra fatídica colgada en el vacío eterno.

—Esto es Garao. Llegaremos allí dentro de cuatro días terrestres.

La noticia, por esperada, no causó el desbordamiento de júbilo que era propio. Toda la tripulación se volcó sobre las pantallas, mirando con curiosidad aquel curioso mundo.

— ¿Por qué es tan oscuro? —preguntó Virginia a Jol.

—Nos han detectado y han apagado la iluminación. Normalmente, Garao parece una estrella radiante. La luz nos la producimos nosotros mismos.

— ¿Nos saldrán al encuentro las naves defensivas? —quiso saber Mike.

—No. Ya les he hablado esta mañana. La «Kruma» está reunida y nos esperan. Debemos situarnos en órbita y descender en una nave auxiliar. Quieren oír mi informe y desean que el comandante sirva de testigo.

— ¿Cuándo intervendremos nosotros? —preguntó Mike.

—Después... Primero quieren oírme y tener un rehén.

— ¿Ha aceptado Newly?

—Sí. Yo se lo he aconsejado. Es conveniente, hacerlo. Sois una embajada de paz, pero a ellos no les consta. Me oirán a mí, oirán a Ugge y luego, sin duda, accederán a recibiros a vosotros. Eso es lo que espero.

«Si no ocurre así... Bueno, tal vez os derriben. Os tendrán siempre encañonados con las armas de tierra, que son proyectiles infalibles cargados de «kogul».

* * *

La «Kruma» era algo inverosímil, de una fastuosidad impresionante, y situado sobre una especie de ondulada plataforma transparente, de singular arquitectura, jamás vista en La Tierra.

En Garao no existían calles, ni avenidas, ni la urbanización podía compararse a nada. Las viviendas no tenían forma de tales. Igual se veían esferas, suspendidas en el aire, contra toda ley gravitacional, que agujeros en el suelo negro, o edificios raramente cubistas, unos transparentes, otros opacos. Había una especie de toboganes por todas partes, que eran los accesos a las viviendas. Y también existían escaleras semicirculares.

La comisión terrestre, dirigida por Mike Staines, contempló aquella urbe insólita, al descender en una nave auxiliar. Fueron recibidos en una gran plataforma, por centenares de seres de cuerpo oscuro, casi negro, que no se cubrían con prenda alguna. Todos parecían exactamente iguales, aunque variaban de estatura.

Allí vio Mike a Jol, por vez primera, en su estado natural. Sin el capuchón-ropaje que siempre había llevado. Vio que carecía de ojos y de boca, pero que tenía unos orificios en el rostro y que se movía cada vez que hablaba.

¡Y también vieron una comisión de una veintena de seres humanos, blancos y negros, cubiertos con ropas disparatadas!

Aquella era la comisión de terrícolas capturados en años anteriores por los «garaos». Y unos y otros, residentes y recién llegados, se abrazaron efusivamente, llorando y riendo, preguntándose mil cosas, bailando y saludando de júbilo.

Luego, los enviados de La Tierra, en comitiva, se dirigieron hacia la «Kruma». Jol caminaba junto a Mike, hablándole en inglés.

—Geek os recibirá ahora mismo. Toda la «Kruma» está reunida. Será un recibimiento de protocolo, en donde no se hablará de vuestra misión.

»Yo seré el intérprete. Mañana, pasado o cuando el poseedor del Centro de la Sabiduría lo estime oportuno, se iniciarán las deliberaciones. Luego, cuando se acepten los acuerdos mutuos, podréis comunicar a La Tierra lo que habéis convenido.

—Bien, Jol. Gracias por todo. ¿Cómo han aceptado la noticia de la muerte de «Dolk»?

—Con tristeza. No os hablarán de eso. Geek dice que es asunto enteramente nuestro y que no os debemos molestar con nuestros problemas. Seréis recibidos y tratados como huéspedes distinguidos.

— ¿Y el capitán Newly?

—Le verás sentado junto a Geek. Ya no es un rehén, sino un visitante distinguido.

En medio de una larga fila de silenciosos «garaos», la comisión terrestre llegó ante el impresionante edificio de la «Kruma». Subieron a la primera plataforma por medio de ascensores plateados, como «absorbidos» por una corriente impalpable. Luego, una plataforma rodante, de fabulosas dimensiones, les condujo hasta una especie de exótico jardín donde las plantas

parecían despedir rayos metálicos bajo la intensa iluminación indirecta.

De allí pasaron a una amplísima sala, al fondo de la cual había tres filas de «garaos» sentados, dejando un claro en el centro, donde se sentaba otro «garao» que empuñaba algo semejante a un bastón luminoso. A su lado, en cuclillas, se encontraba el capitán Irish Newly.

Se acercó la comisión a sus anfitriones, saludando con una inclinación de cabeza. Y como deferencia especial, Geek se levantó y alzó la mano, diciendo, torpemente:

—Seres de La Tierra... Bienvenidos a Garao.

Era evidente que le habían enseñado a pronunciar aquellas palabras.

—Larga vida a ti, Geek, poseedor del Cetro de la Sabiduría. Nuestros jefes de La Tierra te saludan en mi nombre.

Geek se sentó.

Y del piso, detrás de los visitantes, surgió algo así como una fila de bancos transparentes.

—Sentaos —dijo. Jol, quedándose él de pie, entre los representantes de la «Kruma» y la comisión terrestre.

—Vaya usted con ellos, capitán —añadió Jol.

Irish Newly se levantó, saludó a Geek y fue a sentarse junto a Mike, diciéndole en voz baja:

—Esto se ha arreglado, Staines. No hemos de preocuparnos de nada. Les prestaremos mano de obra. Ellos nos facilitarán los medios de transporte. El tiempo de permanencia de nuestros obreros en Grantix y Dermos será de treinta días, y el número de cien mil hombres.

Mike sonrió.

— ¿Y de «Dolk»?

— ¡Nada! Ni lo mencioné. Es como una herida que tienen en el corazón.

—Pero ¿tienen corazón?

—Supongo. Intercambiaremos conocimientos técnicos. Podremos visitar Garao y vivir algunas temporadas aquí. Aclimatarán nuestras residencias, atmosferizándolas con aire artificial... ¡Y beberemos agua pura y fresca!

Mientras Irish Newly hablaba en voz baja, los miembros de la «Kruma» habían observado a sus visitantes. Mike sabía que Jol estaba hablándoles, sin que él pudiera oírle. Y no le importó.

Todo iba bien.

Y lo fue.

La primera entrevista terminó en dos salas interiores, donde un muro separaba a los dos bandos, y donde los terrícolas pudieron despojarse de sus trajes de vacío, por existir allí una atmósfera artificial.

Luego, los «garaos» se pusieron a comer en sus recipientes precintados, mientras que un grupo de terrestres, procedentes del Centro de Estudios Exobiológicos, o sea liberados, servían a la comisión manjares artificiales, «cocidos» en los hornos de la química «garao».

Resultó un doble banquete oficial, muy protocolario, donde fue preciso ver

como los «garaos» introducían unas tiras flexibles, como de carbón, por los orificios de sus rostros. Estaban comiendo, pero resultaba algo francamente repulsivo.

—Tendremos que acostumbrarnos —dijo Mike—. Es de esperar que nuestra forma de comer les moleste a ellos tanto como a nosotros la suya.

—Están alegres —manifestó Newly.

— ¡Pues lo disimulan muy bien! ¡Vaya un funeral! —exclamó Mike.

—Suelen comer en privado. Hoy lo hacen en público en honor nuestro. ¿Quieres saber lo que beben?

— ¿Qué?

—Ácido cianhídrico ennegrecido.

— ¡Diablos, vaya estómagos!

Por suerte, el «banquete» no duró mucho. Luego, los «garaos» exhibieron su folklore, que no podía ser más extraño e incomprensible. Jol se dedicó a explicar el sentido de los movimientos de sus compatriotas, y, al final, presenciaron una lucha impresionante, entre dos «garaos», que terminó con la victoria de uno, sin haber tocado a su adversario.

Los terrícolas se quedaron sin haber visto la lucha. Pero supieron por Jol que había sido una «justa» mental y dialéctica. Y su asombro habría de ser grande al enterarse, más tarde, que el vencido, murió pocas horas después, debido a los destrozos mentales que le había producido su enemigo.

Luego, se les permitió visitar el palacio de la «Kruma» y el Centro de Exobiología, donde vivían ejemplares de centenares de razas distintas. Y cada grupo etnológico estaba encerrado en dependencias adecuadas a su desarrollo.

Por ejemplo, los terrestres vivían allí como en un hotel campestre, entre árboles y plantas terrestres, con agua, aire y libertad, dentro de los mil metros cuadrados de terreno que disponían.

A los pocos días, a cada terrestre se le asignó una vivienda climatizada y opaca, y a Mike, por estar casado, se le adjudicó una residencia doble.

Una semana después, Geek hizo llamar a Mike y a Virginia.

Una vez en presencia del viejo poseedor del Centro de la Sabiduría, y acompañados por Jol, Geek hizo oficialmente a Mike sus intenciones:

—Yo no soy ambicioso —tradujo Jol—. Quiero una vejez feliz y tranquila para mí y para mi raza. Hemos llegado al ocaso y como padres adoptivos vuestros, esperamos sepáis darnos el consuelo y el alimento que necesitamos. No queremos nada más. Decídselo a vuestros gobernantes.

«Estamos en vuestras manos. Confiemos que seréis justos y benévolos con nosotros.

—Lo seremos —prometió Mike, emocionado.

—A cambio, nosotros os legaremos todo el saber que durante siglos hemos acumulado en nuestros laboratorios. Daréis un salto de gigante en la ciencia, lo sé. Pero eso debéis dosificarlo con inteligencia, o sucederá como el que come mucho y no puede digerirlo. Estáis preparados a medias para sucedernos. Sed juiciosos y que vuestra raza sepa comprender que existen

seres inferiores a los que es preciso proteger, y seres superiores a los que es preciso acatar.

—Nuestros gobernantes sabrán hacer buen uso de cuantos conocimientos nos leguéis dijo Virginia Rethel, muy digna.

—Así lo espero, hija mía —respondió Geek, siempre por boca de Jol—. Pero si no lo hacen, peor para ellos. Nosotros también hemos tenido «garaos» malos, y pagamos ahora sus pecados. Sacad provecho de nuestra experiencia y pensad que también a vosotros os puede llegar el fin.

Eran palabras sabias, profundamente pensadas y meditadas.

En el fuero interno de Mike y Virginia, ambos sabían que posiblemente nadie respetaría los deseos del pueblo «garao». Los humanos aprenderían de ellos todo lo que pudieran y luego intentarían destruirlos.

Y era una pena, porque, en el fondo, y pese a todo lo ocurrido, los «garaos» solo habían luchado para sobrevivir, sin éxito. Una raza joven, pujante y fuerte, en la plenitud de su crecimiento, les había vencido.

¿Por qué?, se preguntaban Mike y Virginia. ¿Era el destino quien lo había dispuesto así?

¿Era, acaso, el Sumo Hacedor?

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

HELL, EL MAGO

por

Roy Rowan

Era un personaje misterioso,
encargado de una misión
más misteriosa todavía.